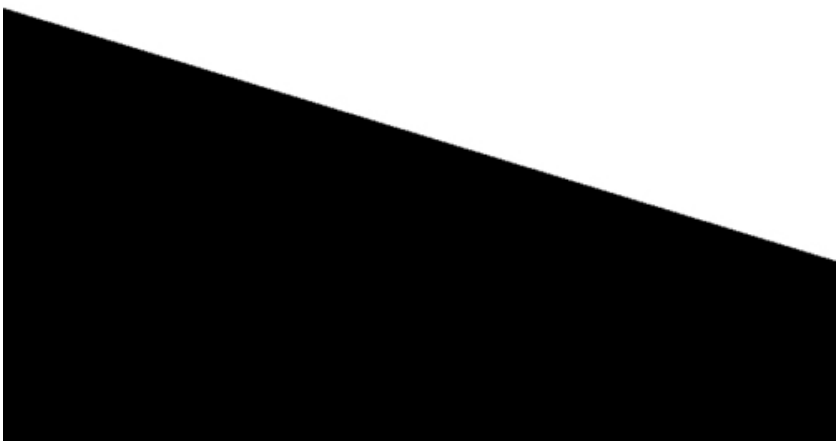
cosmonauta

DANIEL
ESPARTACO
SÁNCHEZ

MALALETRA
LIBROS

cosmonauta



Diseño de portada: Álvaro Jasso

Primera edición, 2011

Primera edición electrónica, Febrero 2012

©Daniel Espartaco Sánchez

© Publicaciones Malaletra Internacional

http://libros.malaletra.com

Milwaukee 78-10 / Col. Nápoles / 03810 México, D. F.

Hecho en México

Daniel Espartaco Sánchez

Escritor de Chihuahua, México, Espartaco Sánchez es autor de los libros de cuentos *El error del milenio* (2006) y *Cosmonauta* (2011). Ha sido becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de México, y del Centro Mexicano de Escritores. Ganador de diferentes premios nacionales entre los que destacan el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen del Estado de Sinaloa y el Premio Nacional de Cuento Agustín Yáñez del Estado de Jalisco. En diciembre de 2011 *Cosmonauta* fue seleccionado como uno de los mejores libros de ficción del año, según la revista Nexos.

Web: Oblovismo

twitter: @Despartacos

COSMONAUTA

Daniel Espartaco Sánchez

Libros Malaletra

Narrativa

Cosmonauta

Fue a principios de otoño cuando entraron por primera vez al hotel de paso sobre la calzada de Tlalpan. La lluvia fría de verano se convirtió en una neblina persistente que dejó minúsculas gotas en el abrigo de Ilich. La luz se descompuso de manera imprevisible, esa mañana, cuando salió a la avenida para comprobar que cada objeto estuviera en su sitio, como si el encuentro (no planeado, se salió de control) con Miriam hubiese distorsionado el inconsistente decorado de la realidad. Así le parecía: que el orden de las cosas era vulnerable hasta ese punto.

Horas antes, la luz, como rumor de motores, entró por las cortinas gruesas, ya presentes, con su falsa prosapia, muchos años antes de que ellos dos se conocieran, en ese cuarto del Hotel Princesa (un nombre que no dejaba de sorprender, por su falta de gusto). Ilich pasó la mano por el vaho de la ventana. Vio la serie de luces blancas y rojas de miles de autos que se dirigían de Sur a Norte y viceversa; una procesión perpetua, como en las fantasías que discurren sobre el fin del mundo y la condenación. La calzada de tlalpan no era un lugar para calzarse, no era un territorio habitable por la inconsistencia del cuerpo humano; era escombro, acero, hierro retorcido y concreto frío.

La temperatura bajó de manera perceptible conforme la luz se dispersó sobre la avenida, sobre la línea naranja e intermitente del tren, hasta las paredes, la cama y la puerta del baño. El vaho de la ventana volvió a ocupar el lugar que le correspondía por derecho propio desde que un pedazo de vidrio se interpuso entre un hombre y una alborada yerma.

Miriam vestía siempre como una mujer mucho más grande, aun cuando estaba por cumplir treinta años. A Ilich algunos de esos vestidos de falda abierta le recordaban a las esposas de los astronautas en los documentales sobre la carrera espacial que veía de niño. Y por el rostro de abandono de Miriam parecía que su marido –de quien estaba separada–, su padre –muerto años atrás–, el único novio que tuvo antes de casarse –con el que perdió la virginidad–, todos los hombres de su vida flotaban en el espacio; ella los esperaba frente al televisor, en una casa suburbial. Una hija,

un perro, centro de lavado.

Debajo del vestido usaba medias negras. La ropa interior negra era su manera de emanciparse.

—¿Qué te parece mi vestido? Lo compré para ti.

—Pareces la esposa de un astronauta —le dijo Ilich.

—Entonces tú eres el astronauta.

—Yo soy un cosmonauta. Los astronautas soviéticos se llamaban cosmonautas.

"Navegaban por el cosmos", pensó ilich, "el conjunto de todas las cosas creadas".

—¿Y qué se necesita para ser la esposa de un cosmonauta?

—Un overol y un pañuelo rojo.

—¿Y un tractor?

—Sí.

Ilich pensó que podría ser un nuevo fetiche suyo, acostarse con una Heroína del trabajo, muy propio de él. Porque al final, después de Miriam; después de la noche en embebido resuello; de la charla posterior al coito, en donde cada quien enumera hechos significativos ajenos al otro cuerpo desnudo que escucha en la oscuridad –apenas esbozado por la luminosa ranura de la puerta entreabierta del baño–; de la oprobiosa solidaridad fundamentada entre los adúlteros; del cinismo triste; del arrebato amoroso; del fatalismo aprendido en la televisión y el cine; de escuchar en silencio el ruido de otros cuerpos que se aman en otras habitaciones exactamente iguales a ésa, un piso arriba, un piso abajo, en la habitación contigua, como en un drama existencialista ya visto muchas veces, entonces sólo quedaba la simple orfandad de una mañana helada como una plancha de vivisección.

Y Miriam (no estaba planeado, se salió de control), frente al espejo del baño, se arregló el cabello para salir a la avenida, elegir entre esa hilera de autos un taxi y llegar a casa antes de que la niña despertara, y así prepararle el desayuno, llevarla a la escuela y pasar ocho horas somnolientas en la oficina. Ilich la vería, tras limpiar una vez más la ventana del vaho solariego, elegir un taxi de entre esa corriente; la vería subirse al coche para perderla de vista un poco más allá del metro Nativitas, o cualquiera que fuera el nombre de esa estación. Luego serían él, de nuevo, y la mañana, cuando la calzada de Tlalpan es una entelequia.

América

Fue el verano en que compramos a crédito un automóvil nuevo. Mi padre había conseguido un empleo con mejor salario y, aunque las tasas de interés bancarias no eran fijas, en el ambiente se percibía confianza en la economía. Eran tiempos de bonanza.

Se trataba de un Volkswagen sedán de color rojo. Éramos los primeros en la cuadra en tener un auto nuevo. Estábamos rodeados de cacharros pasados de contrabando, enormes y antediluvianos, que décadas atrás fueron de lujo en los Estados Unidos y ahora permanecían inmóviles bajo el sol, llenos de herrumbre, últimos sobrevivientes de una época en la que los autos, por su forma y largo, poseían virtudes anfibias. El nuestro relucía tanto, que podía mirar mi reflejo en el guardabarros: mis largas pestañas y el rostro todavía infantil. El cabello en forma de cazuela había comenzado a oscurecerse, y Julia, mi madre, me obligaba a lavármelo con champú de manzanilla para recuperar una claridad perdida de manera irremisible.

Lo que más recuerdo es el olor a plástico nuevo del tablero, el volante y los tapetes, y cuando recorrimos los primeros metros, el hedor a mierda.

—Padre —preguntó mi hermana menor—, ¿por qué huele tan mal?

Julia había leído con mucha atención el manual de la guantera. Le gustaba esa clase de literatura, y cuando compramos la videocasetera de contrabando, le tuve que traducir el folleto del inglés. Pero el sedán era un auto hecho en México por obreros mexicanos, y el manual estaba en español.

—Es por el convertidor catalítico —dijo ella.

Nos explicó (porque a mi hermana y a mí nos encantaban los tecnicismos) que se trataba de una nueva tecnología: un dispositivo en el escape que reducía las emisiones de monóxido de carbono, o algo así. Era un auto ecológico, ayudábamos a salvar la tierra. De ahí la pestilencia a la que tardamos en acostumbrarnos.

Una de las ventajas del auto nuevo era que podíamos emprender viajes en carretera sin temor a una falla en el motor; incluso tenía

cinturones de seguridad. Y mis padres comenzaron a discutir los pormenores de nuestro próximo viaje a El Paso, Texas. Habíamos viajado a otras ciudades cercanas, pero nunca a otro país. Sabíamos de todas las cosas inaccesibles en México que se podían comprar en los Estados Unidos a precios más bajos. Cada domingo el periódico traía consigo catálogos multicolores de tiendas norteamericanas: juguetes, artículos electrónicos, ropa como la que usaban los actores de las series de televisión. Se hablaba de toda clase de prodigios: escaleras eléctricas, puertas que se abrían solas cuando uno se paraba frente a ellas, etcétera.

Cada semana viajaba al centro en un autobús hasta una tienda de revistas importadas donde compraba historietas norteamericanas, y ahí fue donde comencé a leer en inglés con diccionario en la mano. En clase nunca pasamos de tonterías como *the cat is under the table* y *Mary and Joe went to the movies*.

Yo intentaba practicar lo que consideraba ya como mi segundo idioma con personas cercanas que habían viajado a otras partes del mundo.

—*Hello, Nina, how are you?* —le dije a una amiga de mis padres, recién llegada de la Unión Soviética; era lo más cosmopolita que había alrededor.

—Yo puedo entender a medias lo que me dices en inglés —dijo con voz rasposa: fumaba grandes cantidades de tabaco negro—, pero si yo te hablo en ruso no me vas a entender nada.

Nina me dijo que era más difícil aprender ruso que inglés; que los mejores escritores de todos los tiempos escribieron en ese idioma. ¿Pero a quién le interesaba saber ruso? además, en la Unión Soviética la gente era vigilada y no tenía libertades.

—El inglés es el idioma del futuro —le dije.

Se quejaba de los cinco años que pasó en Moscú en la carrera de historia, para que al final vinieran a decirle que nada de lo aprendido era cierto. Es más: la Unión Soviética había dejado de existir.

—Sin toallas sanitarias —dijo una vez.

—¿No había toallas sanitarias en la Unión Soviética? —preguntó Julia, sorprendida—. ¿Y qué usaban?

—Gasa y algodón —dijo Nina, y aspiró el humo de su cigarro.

El segundo grado de secundaria terminó y me despedí de María del Carmen. Increíblemente guapa como era, aplicada en la escuela, y además tan popular, a pesar de todo eso, se dirigía a mí siempre con deferencia porque yo había ganado el concurso escolar de cuento, en el que ella fue finalista.

—¿Qué vas a hacer estas vacaciones? —me preguntó, la falda del uniforme cinco dedos por encima de la rodilla: el límite permitido por las autoridades escolares.

—Me voy de *shopping* —dije.

Durante el viaje en carretera Julia anotó el kilometraje del auto, y llenamos el tanque para calcular cuántos kilómetros por litro daba el motor; era la primera vez que teníamos un auto cuyo medidor de gasolina funcionaba. Después de recorrer el desierto durante dos horas, le rogamos a mi padre que nos permitiera quitar el plástico de los asientos porque estábamos empapados de sudor. El aire acondicionado no estaba incluido, y mis padres hablaron de ponérselo algún día, aunque costaba mucho dinero.

Ciudad Juárez comenzó a mostrarnos su presencia con esporádicas construcciones a lo largo de la carretera. Según el mapa, era una ciudad mucho más grande que su contraparte norteamericana al otro lado del río, El Paso, Texas. El espacio entre los caseríos disminuyó, pero daba la sensación de que la ciudad jamás llegaría a ser algo compacto debido a sus grandes solares, entre una edificación y la otra, donde crecía la hierba. Pasamos la noche en un hotel. Al día siguiente, por la mañana, teníamos la cita en el consulado norteamericano. Mi padre apenas tocó su desayuno, preocupado por la posibilidad de que nos negaran la visa.

Nos hicieron ingresar a una sala de espera donde había diferentes cubículos para las entrevistas con los funcionarios del gobierno norteamericano. Un hombre de camisa blanca y corbata a rayas pronunció en voz alta el nombre de mi padre y le dijo que pasara a su escritorio.

—¿Qué le pasa a mi padre? —le pregunté a Julia.

Me explicó que había una lista negra de personas que no podían entrar a los Estados Unidos por haber sido comunistas, o simpatizado con los comunistas o con el gobierno de Cuba. Le pregunté también en voz baja cómo era posible que el gobierno de los Estados Unidos supiera tantas cosas sobre mi padre. Y por un momento estuve seguro de que su nombre estaba en esa lista. Le gustaba hablar de cuando fue comunista, de cuando estuvo en tal manifestación o en tal huelga y de la vez que lo secuestró la policía. Julia me contó que la CIA estaba en todas partes. Mientras me decía esto, vi a mi padre hablar con parsimonia frente al funcionario. Yo había pensado en los centros comerciales, en las cosas que podíamos comprar, y también en la idea de conocer un país diferente al nuestro; jamás pensé en mi padre, tan orgulloso de haber sido comunista, ahora sentado frente a un funcionario norteamericano. Los yanquis, contaba, invadían países como

Panamá e Iraq y derrocaban gobiernos como el de Salvador Allende, una historia que no se cansaba de relatar. Tampoco fue comunista ortodoxo; relataba cómo había renunciado a su partido cuando los soviéticos invadieron Afganistán. No le gustaba que rojos o blancos invadieran países. Sentí una especie de culpa que, por supuesto, duró hasta que mi padre regresó y nos dijo que le habían aprobado la visa. De alguna manera le decepcionó saber que nunca fue una amenaza contra la seguridad de los Estados Unidos. Noté en él una especie de amargura, disfrazada de humor, cuando comentó que el dinero pagado por las visas sería bien empleado en misiles inteligentes.

En el puente internacional había una larga fila de autos para cruzar la frontera. El sol estaba en el cenit, y el coche comenzó a calentarse. Sentí que me faltaba aire y mi hermana se quedó dormida con la cabeza apoyada en el cristal. Julia se abanicó con el mapa de El Paso que había estado estudiando. Mi padre fumaba con el codo apoyado en la puerta, con mucho cuidado de que el humo saliera por la ventana y no llegara hasta sus hijos. La gente de a pie se detenía a mirar la línea divisoria a la mitad del puente; algunos la cruzaban como si fuera lo más normal del mundo ir de un país a otro. Abajo, las personas sin visa cruzaban el canal montadas en grandes neumáticos jalados por hombres que cobraban por realizar este servicio.

Cuando llegamos a la caseta norteamericana me sentí nervioso, como si yo fuera un contrabandista. Siempre me dieron miedo los policías y los guardias de seguridad de los supermercados. Tenía la sensación frente a ellos de haber cometido un delito, tal vez por mi breve carrera como ladrón de juguetes. En una ocasión Julia dijo que yo tendría que ir al almacén, devolver lo robado y pedir una disculpa. Dejé de hacerlo. A mi padre le daba más tristeza mi obsesión por el plástico capitalista que mi manera de obtenerlo. Julia se ponía como loca y me gritaba, pero esto sólo me volvía más testarudo; en cambio una mirada desaprobatoria de mi padre era algo que yo no podía soportar.

El guardia fronterizo, con gafas oscuras de piloto, se acercó a la ventanilla del conductor. Yo pensé que era el momento de hacer valer mis servicios como intérprete; sin embargo, el guardia dijo en español:

—¿Qué lleva?

Mi padre titubeó con la pregunta, como pensando: llevo una familia, ¿qué no ve? La respuesta correcta era: nada, y eso fue lo que dijo. El guardia miró nuestros pasaportes, movió la cabeza en tono afirmativo e hizo la señal de que podíamos cruzar.

Nuestra primera visita fue al centro de la ciudad, el *Downtown*, decía el mapa de Julia. Las aceras eran grandes y limpias, los edificios mucho más altos que en la ciudad de donde veníamos. Afuera de un banco nos encontramos a un hombre negro vestido con harapos y una lata en la mano. Aceleré el paso (nunca había visto un hombre negro en persona, sólo en las películas y la televisión), pero mi padre me detuvo, sacó un cuarto de dólar de su bolsillo y lo dejó caer en la lata

—*Thanks* —dijo el hombre, con una gran sonrisa amarillenta.

—¿Ves? —dijo mi padre—. toma nota: en los Estados Unidos también hay pobres.

Las tiendas del centro eran atendidas por hombres y mujeres orientales que hablaban un español precario (eran coreanos, me explicó Julia): negocios de chucherías donde se podían comprar juguetes chinos y camisetas psicodélicas por un dólar. Entramos a una tienda departamental donde vimos una escalera eléctrica. En nuestra ciudad la única escalera de este tipo era la del Palacio de Gobierno, y estaba descompuesta.

Julia insistió en que me probara una camisa, aunque no era la clase de ropa que me gustaba. Era molesto que mis padres me trataran como a un niño y se metieran al vestidor para ver cómo me quedaban las prendas, como si yo careciera de criterio. Comenzaba a preocuparme la ropa. Mis compañeros de escuela iban muy emperifollados a las actividades extracurriculares, donde se bebía refresco y se bailaba música de los Tigres del Norte. Yo sentía que mucha de mi ropa era de niño, en parte porque Julia era la encargada de suministrarla.

—Creo que es hora de que yo compre mi ropa interior —le dije a Julia. Era un buen momento para emanciparme.

—¿Desde cuándo te preocupan esas cosas?

Odiaba los calzones blancos que me compraba Julia y me fui por los paquetes de bóxers, mucho más caros (las otras opciones exigían abdómenes atléticos). Pensé en renunciar a mi tentativa de insurrección, pero el orgullo me lo impidió y regresé a la caja, tratando de no parecer intimidado. La frente de Julia se arrugó examinando el paquete, en especial el precio:

—Cuestan el doble.

No dije nada, en algunas ocasiones lo mejor era guardar silencio y esperar.

—Está bien —dijo ella.

—Yo también quiero escoger mi ropa interior —dijo mi hermana.

—¿Ves? —me dijo Julia—, estás provocando una revolución.

Mi padre entró en el vestidor mientras me probaba un pantalón (una completa falta de respeto a mi privacidad) y me dijo:

—Te queda un poco largo de la bastilla, pero está bien porque estás creciendo.

Cuando salimos del vestidor nos cruzamos con una mujer negra desgreñada, vestida con una gabardina grasienta, a pesar de que era verano.

—*Follow us, please* —le dijeron dos guardias de seguridad, sujetándola de los brazos. Ella comenzó a gritar que la dejaran en paz y a agitar las manos. Nos alejamos lo más rápido posible. Mi padre me miró como diciendo: ¿ves?, también esto pasa en los Estados Unidos.

Cuando llegó la hora de comer nos metimos en un restaurante de comida rápida; era la oportunidad para probar mis habilidades en idiomas extranjeros. Me preparé durante años para ese momento: desde que estaba en el jardín de niños aprendí canciones bilingües y en inglés, como "Pollito *chicken*, gallina *hen*" y "Ten Little Indians"; entré miles de veces gratis al cine donde mi padre trabajaba –antes de su empleo nuevo en la universidad– y vi todas las películas hollywoodenses de los años ochenta; leí historietas y manuales de electrodomésticos; escuché la música del imperialismo: el rock and roll.

—Tú ordena, nosotros vamos a buscar lugar —me dijo Julia.

Años antes habíamos sido vegetarianos, pero mis padres renegaron de todo eso.

—*Four burgers, four french fries and four Cokes, please* —murmuré para mí en la fila frente a la caja.

Repetí este mantra una y otra vez. En la caja registradora había una muchacha rubia con apenas unos años más que yo, el pelo recogido detrás de su gorra de tenista; unos cabellos le sobresalían por encima de sus orejas pequeñas y bien formadas. "*Four burgers, four french fries and four Cokes, please*", pensaba yo; "*four burgers, four french fries and four Cokes, please*; *four burgers, four french fries and four Cokes, please...*" Era un trabalenguas.

Cuando nada se interpuso entre nosotros dos, sólo las supuestas barreras culturales y del idioma, esa muchacha, con la que fantaseé de manera exhaustiva, me sonrió, mostrando unos dientecillos primorosos, cortos y afilados.

—*Four...*

Mi lengua se trabó como sucede cuando uno es primerizo en eso de los intercambios culturales.

—¿Qué deseas, niño? —me dijo ella en español, con el acento del norte de México.

—Cuatro hamburguesas, cuatro papas fritas y cuatro Coca Colas —dije, humillado.

—Son doce dólares —dijo ella, y me sonrió con cara de mira qué niñito tan mono.

Julia llegó justo a tiempo para ayudarme con las hamburguesas:

—Es mi hijo, habla inglés.

Nos metimos en la autopista de alta velocidad rumbo a la parte suburbana de El Paso, donde se encontraba el centro comercial más grande de todos. Entramos tan despacio en el carril de alta velocidad, que miles de autos mucho más grandes que el nuestro nos rebasaron en un pestañeo, haciendo sonar sus cláxones. Mi padre se vio forzado a acelerar para evitar ser arrollados por el tráfico: el automóvil se sacudió al llegar a los 120 kilómetros por hora. Frente a nosotros la autopista se curvaba o se erigía en una recta. Una camioneta se mantuvo a nuestra izquierda durante unos segundos: con la cabeza fuera de la ventanilla del copiloto, un perro pastor alemán dejó un rastro de baba suspendido en el aire; nos ladró a manera de reclamo por nuestra ineptitud en materia de autopistas.

Nina, la amiga de mis padres, me habló de los almacenes GUM en Moscú y su bella arquitectura decimonónica, los cuales de seguro no podían compararse con lo que presenciamos a continuación. Atrapados en su fuerza centrípeta, lo vimos emerger desde la autopista: una inmensa mole de cristal y acero que medía el equivalente a varias cuadras, con hectáreas enteras de lugares para estacionamiento. De fondo, el inmenso cielo del paisaje texano que, a pesar del centro comercial, era imposible de llenar.

En los suburbios sí había norteamericanos de verdad, los llamados anglosajones. Le pedimos a una señora gorda, roja como un camarón bien cebado, que nos tomara una fotografía con la cámara que un amigo le trajo a mi padre de Alemania Oriental. Mi padre aún era talla mediana, debía tener unos treinta y seis años; la pose de un amable forajido mexicano, con una negra barba de candado, apoyado en uno de sus pies, botas de minero, pantalones de mezclilla y una camisa a cuadros remangada. Julia, treinta años, vestida también con pantalones de mezclilla, tenis y una blusa de color magenta que le quedaba muy bien; el rostro ovalado y suave, el cabello suelto hasta al hombro. Mi hermana y yo, la gente dice que nos parecemos, pero en realidad se trata de un aire de familia: ella, vestida con shorts de exploradora, blusa blanca, mira hacia otra parte, un gesto que muestra quién es en realidad: una persona

que siempre mira a otra parte; y yo: la mirada fija en el punto donde uno debe concentrarse cuando te toman una foto, una sonrisa incómoda, de alguien demasiado consciente del momento. Qué hermosas eran estas personas y cuánto las amaba en ese momento sin saberlo; cómo admiraba a Julia y a mi padre. Ya tenía entonces yo ciertos ademanes y gestos de él, como la manera en que estoy parado, cruzado de brazos, apoyado en un pie: un próximo forajido mexicano. Una familia joven afuera de un centro comercial norteamericano, en plenos años noventa, los años felices de la economía: aquello tenía que acabar mal (llegó la crisis, perdimos el auto, mis padres se divorciaron). Detrás de nosotros la enorme colmena de tres pisos conectados por escaleras eléctricas, iluminada por un techo que dejaba pasar los rayos de sol. De sus balcones colgaban plantas artificiales como yo había visto en las ilustraciones de los jardines de Babilonia.

Mi padre nos dio a mi hermana y a mí cincuenta dólares a cada uno, los cuales podíamos gastar como quisiéramos, pero nos aconsejó que compráramos ropa. Nos quedamos de ver en un punto del centro comercial una hora más tarde. Julia, mi padre y mi hermana se fueron por su lado, y yo, por el mío. Pude haberme comprado ropa suficiente, de no ser porque me encontré con una tienda de historietas. El niño en mí peleaba con más maña que el prepúber en mí. La cantidad de dinero destinada a ropa se redujo de manera drástica. Lo peor es que ya me imaginaba a mí mismo con pantalones y camisa nueva, bailando con María del Carmen (quien medía veinte centímetros más que yo). Ella me diría: "oye, qué bonita camisa traes", y yo haría un ademán de "no es nada, ésta es la clase de ropa que uso siempre". imaginaba mi nerviosa mano en su cintura (oh dios, qué cintura) y las piernas me temblaban. Estas preocupaciones torturaban mi vulnerable mente cuando encontré a mi familia con varias bolsas de compra:

—Tu hermana no quiso comprar muñecas —dijo Julia, con tristeza—, sino estos horribles juguetes para niños.

Me contó que había escogido varios vestidos para mi hermana, mientras ella y mi padre fueron a la juguetería donde la niña se gastó cincuenta dólares en juguetes, y mi padre se lo permitió. Pero Julia ya había escogido los vestidos y los pagó con la parte que le correspondía para comprarse ropa.

—Yo no necesito nada —dijo Julia.

Pero mi hermana le dijo que jamás se pondría esas cosas de niña tonta. Julia estaba muy triste, y un poco enojada. Nos mostró los vestidos, muy anticuados para mi hermana, quien trepaba árboles y se daba de golpes con los niños.

Mi padre se quejó de que en los centros comerciales norteamericanos se prohibiera fumar; le parecía una tontería.

—*No smoking* —dijo con acento de forajido mexicano.

Nos sentamos un momento en el área de comida rápida. Mi padre compró un par de camisas y pantalones de mezclilla, que eran sus favoritos y costaban mucho más baratos en los Estados Unidos, a pesar de que se fabricaban en México, comentó. Le gustaban las camisas de trabajo, decía que eran de muy buena calidad y que duraban mucho; eran las que usaban los obreros norteamericanos, con quienes simpatizaba. Siempre nos contaba historias de los *Wobblies*, los Industrial Workers of the World; los hermanos Flores Magón, Emma Goldman, Sacco y Vanzetti. Su personaje de la historia preferido era John Reed, y su película favorita, *Reds* con Warren Beatty. Le gustaba sobre todo hablar de la Brigada Lincoln, obreros norteamericanos que pelearon en la guerra civil española. No todos los yanquis eran malos, reconocía.

Entonces tuve este pensamiento mezquino: mi hermana podía gastarse todo su dinero en juguetes y aún así Julia le compraba ropa. Se lo comenté.

—Bueno, tu hermana necesita ropa.

—Yo también necesito ropa —dije.

—Te dimos cincuenta dólares, y creímos que querías comprarla tú solo.

Discutir con Julia me había enseñado que no importaba cuánto estuvieras del lado de la razón, era imposible tratar con ella cuando entraba en la zona donde podía ser más testaruda que nadie. Yo también era obstinado, y sabía cómo podía acabar todo eso.

—Te dimos dinero para que compraras ropa, no historietas —dijo Julia, y señaló mi bolsa.

Imposible explicarle que era injusto.

—Insistes en aparentar que eres un muchacho más grande, pero te comportas como un niño.

En el gran ventanal del área de comida, el paisaje desértico y suburbano de El Paso. Mi padre miraba hacia fuera pensando en todos esos kilómetros cúbicos de la atmósfera terrestre en los que estaba permitido fumar.

—No hay problema —dijo.

Sacó de su cartera varios billetes. Los conté rápidamente. Dos Lincoln, dos Hamilton, un Jackson y tres Washington: 53 dólares.

—Pero no los gastes en propaganda imperialista —dijo.

Supuse que se refería a mis historietas. Era mejor gastar el dinero en ropa imperialista.

Mi padre decidió acompañarme para cerciorarse de que nada se interpusiera entre la ropa imperialista y yo. Entramos a una tienda departamental con una sección para adolescentes en donde los maniquíes lucían pantalones bombachos y camisas abiertas sobre camisetas. Así vestían los actores de las series norteamericanas de televisión. La ropa ese verano era más brillante que nunca. Mi presupuesto estaba bien para las tiendas coreanas del centro con sus camisetas de dólar. Me medí un pantalón bombacho; necesitaba también una camisa y una camiseta para usarla debajo, según la moda, pero el dinero no me alcanzaba para comprar las tres prendas.

Mi padre miraba la ropa juvenil como se mira arte contemporáneo: sin entender nada. Pensé en pedirle más dinero, pero no me atreví. Entré al vestidor y vi un letrero que no entendí del todo: *Fitting rooms area is under video surveillance*. Había dos palabras que yo no podía entender: *fitting* y *surveillance*.

Me puse la ropa justo como lo había visto en los maniquíes. Me veía realmente bien, como un actor de televisión. Y entonces tuve esta idea; más que una idea fue algo instintivo: le arranqué la etiqueta a la camiseta, de un color verde fosforescente, y me puse la camisa vieja que llevaba encima; pagaría solamente la camisa y el pantalón. "Nadie sospechará de mí", pensé. Yo no era una mujer negra desgreñada vestida con una gabardina grasienta. Mi padre entró en el vestidor sin avisar, como era su costumbre, y me miró:

—¿Qué traes ahí abajo?

Era una pretensión irrisoria pensar que no se notaría una camiseta fosforescente.

—Nada —dije.

Después miró la etiqueta que yo había arrojado al piso y el letrero junto al espejo: *Fitting rooms area is under video surveillance.* Mi padre tampoco entendía lo que el letrero decía, pero resultó ser una persona mucho más intuitiva que yo.

—Los vestidores están vigilados por cámaras de video —dijo.

Una sola vez mi padre se había molestado conmigo al grado de gritarme; pensé que ésta sería la segunda ocasión. Sin embargo, se quedó ahí de pie, y cerró la cortina detrás de él. Se llevó la mano a la frente con un gesto de tristeza.

—Nosotros no necesitamos hacer estas cosas —dijo.

Éramos una familia de la clase trabajadora en un país extranjero, en un mundo cuya lógica nueva no alcanzábamos a comprender del todo, y por la cual nos habíamos dejado arrastrar, pero no al grado de perder la dignidad.

—Quítate eso —dijo, y levantó la etiqueta del suelo.

Cuando salimos del vestidor, los guardias de seguridad nos esperaban ocultos entre los colgadores de ropa; hablaban por radio, pero ninguno de nosotros llevaba ropa puesta que no pensáramos pagar, por lo que no pudieron, o no quisieron, hacernos nada. Mi padre caminó con más parsimonia que de costumbre rumbo a la caja y pagó las tres prendas; no me pidió los 53 dólares. Los guardias nos siguieron hasta la caja, hicieron sonar sus radios una y otra vez. Esta situación terminó por molestar a mi padre:

—Dile a estas personas —me dijo, señalándolos— que no pueden filmar a la gente en la intimidad.

Pero no pude decirles nada. Las palabras en inglés no llegaron a mi mente, tartamudeé. Cuando salimos de la tienda encontramos a Julia donde la dejamos. Mi hermana había sacado los juguetes de sus empaques. Julia estaba de mejor humor: su hija había aceptado que tal vez sí se pondría alguna vez los vestidos.

—¿Todo bien? —preguntó Julia, al vernos tan nerviosos.

Mi intento de robo era un asunto liquidado que no merecía mencionarse.

Afuera, el sol al rojo vivo se disolvió en el horizonte, duplicado sobre el cristal y el acero del centro comercial. La luz y el aire discurrieron sobre inmensos espacios que no podrían llenarse jamás. Caminamos por el estacionamiento hasta el coche. El concreto aún podía sentirse caliente bajo las suelas de mis zapatos. Ya en el auto vimos el centro comercial desaparecer entre los pliegues de la autopista. Acaricié el bulto en mi pantalón: dos lincoln, dos Hamilton, un Jackson y tres Washington.

El hielo se derrite lentamente

Recuerdo el lodo sobre mis Nine West nuevos, de ante, y sobre la bastilla del traje negro que compré para esa ocasión. Luego de una noche con lluvia, el sol salió por la mañana y de la tierra se desprendió una especie de vapor como directamente emanado de los muertos.

Mi padre era un hombre muy querido en la ciudad y había mucha gente. Mi madre no quiso ir, lo dijo desde un principio. Yolanda, mi madrastra, estaba a un lado de la caja gris y deslumbrante como un coche nuevo. Yo fui la que estuvo a su lado el tiempo que duró el trance, nos hicimos compañía como si fuéramos dos hermanas en el nuevo vecindario de la orfandad. Se veía tan femenina, con un sencillo vestido de luto –tenía buen gusto para vestir–, y yo parecía un muchacho con el cabello corto y mi traje sastre.

Un hombre se acercó, barbado y solemne, abriéndose paso con los codos entre la multitud. Intentó poner una bandera roja sobre la caja, pero los hermanos de mi padre se lo impidieron. Me encontraba bajo el efecto de los analgésicos que había tomado por la mañana. "¿Una bandera?", pensé. Recuerdo que el trapo cayó al suelo y fue pisoteado en la disputa. Después vi alejarse a aquel hombre y la ceremonia continuó; en ese momento ignorábamos que se trataba de un repliegue táctico.

Uno de mis tíos dio un discurso sobre lo buen hermano que fue mi padre, quien además era el mayor de la familia. Sus hermanos menores lo veneraban. Cuando llegó a la parte de cómo el hermano mayor, al quedar todos huérfanos de padre, se dedicó a trabajar para sacar a la familia adelante –y eso no le impidió estudiar derecho–, se escuchó un chirrido entre los asistentes. Vimos que el hombre, como una abominable criatura de las nieves entrecana, sostenía una grabadora por encima de la cabeza. Los ruidos que salían de la bocina eran incomprensibles, parecía una marcha militar.

—¿Qué demonios es eso? —murmuré, irritada.

—"La Internacional" —dijo mi madrastra, entre lágrimas—, tu

padre la cantaba cuando estaba borracho.

—¿Mi padre borracho?

—Se encerraba en su cuarto a beber, aunque muy pocas veces, entonces cantaba eso y otras cosas aún más extrañas. Un día me explicó que era el himno de los comunistas.

—¿Se emborrachaba?

Entonces, movida por la ira, me dirigí hacía aquel espantoso hombre, desprendiendo grandes trozos de lodo con mis zapatos y la bastilla del traje. Le coloqué un puñetazo en la cara de tal manera que no pudo defenderse. El aparato cayó al suelo, pero no se rompió, su caída fue amortiguada por el lodo. La horrenda canción sonó más distorsionada aún, hasta que finalmente se detuvo.

Yo tenía las manos fuertes y podía derribar tipos más grandes que él, lo heredé de la familia paterna; el anillo de casada hizo el resto. Mientras yo pateaba las costillas de ese sujeto con mis Nine West, y uno de mis tíos trataba de alejarme de ahí, otro seguía golpeando la espalda del fulano, tirado en el suelo en posición fetal. Los hombres de la familia eran unos sujetos realmente violentos. Se lo llevaron.

Cuando vi los zapatos en el aparador supe que serían míos, pero no que los estrenaría en un funeral, que terminarían cubiertos de lodo y encajados en las costillas de alguien. Los tuve que tirar a la basura.

Me llevaron de regreso hasta el féretro, el cual me pareció cada vez más gris e imponente, cubierto de flores, colocado sobre el mecanismo que lo depositaría tres metros bajo tierra. Los asistentes comenzaron a desfilar para arrojar flores sobre la caja, mientras mis tíos vigilaban que el hombre de la bandera no se apareciera por ahí de nuevo. No hubo más incidentes.

Sonó mi teléfono celular, era mi madre, me llamaba para cerciorarse de que su ex marido no se hubiera levantado de la fosa.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Un tipo horrendo vino y puso el himno de los comunistas —dije.

Mi madre se quedó callada durante un momento.

—Debió ser el Negro Mancera —dijo.

—¿Lo conoces?

—Amigo de tu padre, de muchos años.

No me quiso decir nada más. A mi madre no le gustaba hablar del pasado, ni del presente, no le gustaba hablar en general, y menos conmigo.

Pasé lo que quedaba del fin de semana encerrada en la

habitación del hotel; miré desde la ventana, sin interés, el tráfico de la avenida en esa pequeña ciudad del norte donde pasé mi infancia. Tuve que volver a la ciudad de México. Yo tenía una agencia de publicidad y diseño donde había mucho trabajo. No era posible confiar en mis empleados, todos unos ineptos. Me despedí de Yolanda, mi madrastra, con quien no había querido hablar de lo que me preocupaba: que mi padre se emborrachaba algunas veces y se encerraba en su cuarto con esa horripilante música.

—Bien —le dije—, cualquier cosa que necesites no dudes en llamarme.

Son cosas que se dicen como mera fórmula, pero mi amistad con Yolanda era más sincera que con mi propia madre. Yolanda tendría unos cuarenta años entonces, y estaba muy afectada. Quise decirle que era una mujer guapa, que pronto encontraría a alguien. No pude. Una mujer de un gusto exquisito, llena de virtudes.

—Tal vez quieras llevarte algo de él como recuerdo.

¿No decía Freud que la muerte del padre es el momento más doloroso en la vida de un hombre? En esa situación no podía saberlo, me encontraba en un estado de estupefacción, la cabeza no había dejado de dolerme a pesar de todos los analgésicos que llevaba encima. Mi entereza estaba por partirse en dos, y yo me refugiaba detrás de frases hechas leídas en alguna revista de superación personal en la cola del supermercado. Además, Freud dijo "en la vida de un hombre", no en la vida de una mujer.

Recuerdo que el dolor de cabeza y la vista nublada me acompañaron al estudio de mi padre donde había entrado para, no sé, tomar algo como recuerdo, cualquier cosa, y después analizarlo en mi casa, llorar a gusto, encerrada en el baño, o no llorar, tragarme la ansiedad como una inmundicia y eliminarla para siempre de mi vida. Estaba la Mont Blanc que siempre usaba, él me regaló una igual; la placa que le dieron en el gobierno por sus años de trabajo; su colección de discos de vinilo (¿estaría en ella esa música horrenda?); los pocos libros que conservaba, aunque era un hombre que había leído mucho –siempre le gustó la mitología griega–; su laptop, un modelo viejo, de los que pesan más de diez kilos y todavía usan disquetes de tres y media pulgadas. Yo le había regalado un modelo nuevo el año anterior, pero el hombre se encariñaba con las cosas; me dijo que nunca aprendería a usar una Mac y traté de convencerlo sin éxito de que era muy fácil. Pensé en llevarme la computadora, pero me resistí: si había escrito algo sobre su vida sencillamente yo no quería saberlo. Yolanda se encargaría de eso. Vi sus pantuflas a cuadros y sentí las cosas trilladas que dice todo mundo sobre la gente muerta y el sentimiento de saber que

han estado ahí tan sólo unos días antes.

Taxi, aeropuerto, dos horas de viaje, recepción de maletas, otro taxi, una tarde gris de la ciudad de México; los toldos de los autos brillaban como ataúdes bajo la débil luz del atardecer, una hilera interminable de luces rojas detenida por completo en Viaducto Piedad a la altura de Tlalpan. El limpiaparabrisas se movía con lentitud sobre unas cuantas gotas sucias. Aunque Eduardo se ofreció a recogerme, le dije que no se preocupara. Le llamé para decirle que estaba en camino. Sentada en el asiento trasero del taxi me sentí sola por primera vez en mucho tiempo.

—¿Te acompaño? —me había preguntado Eduardo días antes, cuando Yolanda llamó para darme la noticia.

Preparé la maleta sin derramar una lágrima, aturdida.

—No es necesario —le dije.

Él sabe que cuando una idea se mete en mi cabeza, lo mejor es no contradecirme. A causa del tráfico y de las obras en el Circuito Interior hice una hora y media de viaje hasta mi casa. Necesitaba un baño, una buena cena, una copa de vino, acariciar a mi perro (pastor alemán, un perro nazi, según Eduardo). El taxista venía escuchando esa horrorosa estación de radio en donde pasan música vieja y pusieron algo de los Beatles: "Here Comes the Sun". Recordé que a mi padre le gustaba especialmente esa canción. O tal vez era sólo una de las muchas canciones de los Beatles que le gustaban. Tal vez su favorita era "Across the Universe" o "Let it Be", ¿"Back in the U.S.S.R."? ¿Era una señal? ¿Importaba?

"No", pensé, "los Beatles están en todas partes". Recordé que cuando salíamos de viaje en auto, mi padre, mi madre y yo, viajábamos con cintas de los Beatles que él grababa directamente de su colección de discos. Nunca jamás le vi escuchar "La Internacional". ¿Cómo es que mantuvo en secreto esa faceta? ¿Cómo es que nunca supimos que en algún momento había sido comunista? No podía ser un invento de Yolanda, por más afectada que estuviera. El hombre del funeral y su bandera roja lo confirmaban.

Teníamos un renault viejo que se mantenía en buen estado gracias a los cuidados de mi padre; lo afinaba, le cambiaba las balatas, el aceite, le hacía reparaciones menores. Recorrimos el país escuchando los Beatles, mi padre nos enseñó a mi madre y a mí las letras. Yo conocía de memoria esas canciones antes de saber lo que significaban. Una vez hicimos un viaje por carretera hasta el sureste del país, pasamos por Campeche, Yucatán y Quintana Roo; conocimos los sitios arqueológicos; llegamos al Caribe. Mi madre usaba vestidos frescos y claros, como de muchacha campesina; era entonces menor de lo que yo soy ahora. A mi padre le gustaban las

camisas de trabajo, los pantalones de mezclilla y las botas vaqueras antes de trabajar en el gobierno (entonces tuvo que usar traje y corbata, y lo odiaba). Se dejaba crecer la barba hasta que mi madre lo obligaba a entrar al baño y entonces salía todo pelado entre una nube de vapor; a mí no me gustaba verlo tan diferente. La barba crecía de nuevo y todo volvía a la normalidad.

Los recuerdo a los dos, besándose; lo recuerdo a él manoseando a mi madre delante de mí y de todo el mundo. Se querían mucho, eran jóvenes. Teníamos una pequeña gata negra llamada *Aracné*, que viajó con nosotros por todo el país. Mi madre no quería llevarla porque decía que los gatos no se acostumbran a viajar en auto, pero no fue así.

Sonó el teléfono celular: era mi madre, quería cerciorarse de que su hija había regresado a la ciudad de México.

—¿Por qué nunca me enteré de que mi padre fue comunista?

No esperaba la pregunta a bocajarro, así que se dignó a contestarme:

—Fue hace mucho tiempo, antes de que nacieras, quedó muy decepcionado de todo eso.

Por suerte, Eduardo tenía preparada la cena y una botella de Pinot Noir. No sé nada de vinos, pero me gusta el Pinot Noir, y Eduardo lo sabe. Cuando llegué a la casa me arrojé sobre la cama. Estaba tan cansada y hambrienta que dejé que me desvistiera y me trajera la cena. Aunque no me había mojado, me sentía algo entumida.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó.

Yo balbuceé algo al darle un trago a la copa de vino.

—No quieres hablar de eso, ya sé. ¿Quieres que te prepare la tina?

—Estoy demasiado cansada.

La casa la compramos con un préstamo de mi padre. Eduardo es ornitólogo. Siempre está de excursión mirando esas cosas emplumadas. Parece que yo soy la única que trabaja. Si viviéramos de su sueldo de investigador, no nos alcanzaría para nada. Cuando nos damos el tiempo de caminar y nos detenemos en un parque, él puede saber cuáles bichos merodean entre las copas de los árboles, sin necesidad de verlos.

—¿Escuchaste eso?

—No.

—Es un zorzal dorsicanelo. *Turdus rufopalliatus*.

Y me explica que no es una ave originaria del valle de México, que las poblaciones son descendientes de pájaros que escaparon de

sus jaulas. Parece que a la gente le gusta tener esos bichos por la manera como cantan. A mí me parece una crueldad y, aunque nunca me agradaron los pájaros, trato de interesarme en ellos. Me gusta que Eduardo sepa tantas cosas. Algunas veces es irritante el silencio cuando está sentado en la ventana que da al jardín, y yo sé que está escuchándolos. No me gusta el silencio.

Le gusta fotografiar y dibujar bichos, por eso en el escritorio de mi oficina tengo enmarcada una acuarela de uno llamado Tangara cabecinegra, creo: es amarillo, y tiene las alas y la cabeza negra. Lo pintó de una fotografía tomada en América Central.

La lluvia no cesó. Nos acostamos temprano. Mi marido leyó un rato en la cama; yo estaba tan cansada que no podía dormir bien. En una especie de ensoñación sentí cómo Eduardo se levantó para ir a la cocina, lo escuché darle de comer al perro, encender el lavavajillas y cerrar la puerta con doble llave. Entre sueños vi los ojos perrunos del Negro Mancera, el amigo de mi padre; escuché esa música horripilante que parecía una marcha militar, el himno de los comunistas. Vi a Eduardo dibujar un tangara cabecinegra. mi padre estaba en la playa de Quintana Roo, con Eduardo, y mi madre, *Aracné*, Yolanda –vestida de una manera fantástica–, todos estábamos ahí. La playa estaba bordeada por una carretera y del otro lado había un bosque de donde llegaba una brisa fría, apenas perceptible. El bosque me daba miedo, el griterío de los pájaros y otras bestias.

—El hielo se derrite lentamente —dijo mi padre, un hombre de treinta años. Aunque tenía puesta una camisa de trabajo, de mezclilla, yo pensé que estaba vestido como un novio el día de su boda.

Las puertas del Renault estaban abiertas, su larga sombra proyectada en la arena. Sentí el sol en los vellos dorados de mis brazos; se mecían y podía sentirlos en mi propia piel. Apenas podía moverme porque traía puestos los Nine West y temía que se me llenaran de arena. Eduardo bailaba los Beatles de una manera ridícula, pero graciosa, a pesar de que yo siempre creí que los detestaba. Le dije:

—Pero Eduardo, tú odias a los Beatles.

—Te equivocas —me contestó—, los amo.

La mano de Eduardo se posó en mi cadera; me dio un beso detrás de la oreja. Sentí su aliento fresco y tibio. La tormenta se escuchaba detrás de la ventana oscura, pude sentir el frío del cristal, el granizo. Los contornos de la habitación tomaron forma en la oscuridad.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí.
—Estabas llorando en sueños.
—Estoy bien.

África

...porque ellas son mujeres
hermosas
las buenas viejas hermosas...

Tadeusz Rózewicz

Comencé a sospechar que mi madre no era como las mujeres que uno podía observar en las casas vecinas. Aquellas mujeres, vestidas con pantalones de poliéster, parecían más viejas que el ejemplar en mi casa, enfundado en mezclilla. Ellas usaban el cabello corto, no la cabellera castaña y lacia que caía sobre los hombros de mi madre.

Las otras madres eran gruesas, poseían una especie de serenidad estoica, mientras uno las miraba sentadas en la cocina o frente al televisor, empollando una idea; compraban carne y cerveza, lavaban a sus muertos; desconfiaban del lenguaje, pero hablaban con refranes: cada situación ejemplificada con una verdad inexorable implícita en una frase. De brazos robustos y morenos, me gustaba mirar sus manos fuertes sobajar la masa para las tortillas de harina.

Mi madre no paraba de recorrer la ciudad en su Volkswagen Brasilia, y por las noches preparaba la comida del día siguiente (éramos vegetarianos) con varios libros abiertos en la mesa de la cocina; libros escritos por un tal Kant y un tal Hegel, tipos con peinados raros. Ella no parecía notarlo: siempre sospeché que algo funcionaba mal con ella.

Aquellas otras mujeres estaban ahí desde que el hombre habitó las cavernas para cuidar del fuego como a un dios niño y enfermo que muere siempre. La mujer que decía ser mi madre, en cambio, pertenecía a un nuevo tipo. Las otras lo sabían, por eso la respetaban y la invitaban a tomar el fresco junto a ellas. Como cada noche, desde hacía mil años, se sentaban juntas en la banqueta, fumaban cigarros mentolados sin filtro y hablaban. El cigarro, que pasaba de mano en mano, encendía por un momento cada uno de esos rostros graves y ásperos. Parecían adivinar el futuro en los guijarros del suelo, como si fueran los huesecillos de un reptil extinto hace tiempo. A pesar de la débil luz de una bombilla mugrienta, algunas veces leían el periódico en su delgada edición

de la tarde, con su fotografía mortuoria, y los titulares con palabras raras, en grandes letras rojas, contundentes, como:

ORATE MATÓ A SU FAMILIA

Lejos del calor irradiado por las grandes caderas de esas mujeres, de las máscaras de sus rostros, había un mundo donde la gente era apuñalada, baleada, o moría simplemente por causas tan misteriosas como el significado de los guijarros.

Mi madre llegaba en el Brasilia y se estacionaba entre dos autos con un par de movimientos rápidos para destruir una vez más el mito de que las mujeres no saben estacionarse. Las otras madres la invitaban a tomar el fresco, pero ella decía que tenía mucho que estudiar. Con el trabajo de alfabetizadora por las mañanas, la carrera de Filosofía por las tardes, pasaba las noches con un lápiz frente a sus libros y cuadernos de notas; en la estufa las cacerolas con la comida del día siguiente, y música en el tocadiscos: canciones muy tristes, en inglés, que yo no podía entender. En las portadas de los discos había una mujer tan parecida a ella, que en una edad temprana llegué a pensar que eran la misma persona.

Yo estaba bajo cuidado de las otras mujeres, pero cada tarde me escapaba al interior de mi casa (entraba por la ventana) porque quería estar solo.

Sentí que mi madre debía obedecer al llamado primigenio de las otras mujeres con pantalones de poliéster que yo idolatraba. Las oía hablar sobre ella sin ninguna palabra que evidenciara desaprobación, aunque con cierto tono escéptico; desconfiaban de todo, por principio. Un día después de cenar, cuando mi madre y yo estábamos en la sobremesa, ella pudo sincerarse conmigo cuando le pregunté por qué no tomaba el fresco con las otras mujeres, como cualquier otra:

—No quiero tener nada que ver con esas vacas —me dijo.

Sin embargo, necesitaba a las vacas para que cuidaran de mí.

En una ocasión, después de cambiar su cheque el día de pago, mi madre sacó el dinero que había estado ahorrando y que guardaba detrás del espejo del tocador. Fuimos al supermercado: un bodegón con largos e insuficientes tubos de luz que colgaban del techo; olor a azúcar y detergente. Recuerdo la estantería vacía y las largas colas para pagar.

Echamos en el carrito lo que pudimos encontrar: una caja de galletas saladas, harina de trigo, aceite vegetal, varias bolsas de arroz y frijol, pero no había mucho más; en la sección de frutas y verduras había manzanas aplastadas y hojas de lechuga tiradas en el suelo. Pasamos de largo porque nosotros cultivábamos nuestras

propias hortalizas en el patio de la casa. Mi madre echó en el carrito una blusa barata de algodón para ella y ropa interior para mí.

—¿No quieres un juguete? —me preguntó; debió ser una idea repentina. Echó en el carrito un pequeño camión de plástico.

En la caja, la cola avanzaba con lentitud, me sentía cansado y somnoliento.

—¿No podríamos venir otro día? —estaba dispuesto a sacrificar mi juguete de fabricación nacional con tal de que regresáramos a casa.

—No —me dijo—, mañana este dinero no va a valer nada.

Sacó de su gran bolso de piel unos billetes y los arrugó con las manos como si fueran simples pedazos de papel. De regreso a casa nos metimos en una hilera de autos que se prolongaba durante varias cuadras. Cuando llegamos a la bomba expendedora, ella dijo:

—Lleno.

Nunca habíamos llenado el tanque. Mi función era revisar el contador análogo de la bomba. El expendedor bajaba una palanca y la máquina se ponía en ceros, y luego los números giraban tan rápido que era imposible seguirlos.

—¿Te fijaste?

—¿Qué?

—Que la máquina estuviera en ceros.

—Sí —mentí.

La recuerdo contando los trozos de papel de colores que había estado ahorrando durante el último año; esperaba que sobrara algo para comprar dólares, me dijo. Fuimos a una casa de cambio, pero los dólares se agotaron y recorrimos la ciudad sin tener suerte.

Yo seguía observando a las otras madres y comparándolas con la mía. Uno de los detalles que nunca pasé por alto, desde muy temprana edad, era la contraparte masculina que llegaba por las noches y se echaba frente al televisor. Mi madre no tenía un equivalente masculino. Esto siempre generó toda clase de confusiones. Una vez le pregunté dónde estaba ese individuo, quien forzosamente debía ser delgado como ella, a diferencia de los hombres de grandes vientres que miraban el noticiero con una cerveza en la mano, que olían a tabaco y agua de colonia. Mi madre respondió:

—En África.

Crecí entonces bajo esta sospecha: si mi familia no era como las demás, entonces yo tampoco era como los demás; consecuencia lógica de la que uno podía estar orgulloso o avergonzado, pero la

mayoría de las veces simplemente alerta. Los padres, además del agua de colonia, el olor a tabaco y los brazos velludos, tenían ocupaciones reconocibles y, según parecía, eran tan importantes que las enseñaban en la escuela: vendedor, empleado, obrero, albañil, doctor, bombero, policía. Cuando le pregunté a mi madre en qué categoría debía poner a esa contraparte masculina que habíamos optado por llamar padre, ella no supo qué responder. Si mi padre estaba en África, y no parecía que fuera a volver pronto, según pude entender, ¿Cuál era su oficio? ¿Era cazador? Uno podía pensar en su propio padre con casco, escopeta y bigote, disparándole a animales tan grandes como un rinoceronte o un elefante, como en los dibujos animados que miraba en las casas vecinas porque en la mía no había televisor. O bien, mi padre podía ser un nativo africano, lo cual era una desventaja en todos los sentidos, porque no tendría dinero y andaría por ahí, desnudo.

Descubrí fotos de mi padre en una caja de zapatos oculta en el clóset. Vestido con pantalones de mezclilla, era en efecto delgado. Usaba el pelo largo y la barba cerrada, algo nunca antes visto; en otras fotos aparecía vestido con un poncho de lana grueso, muy parecido al que tenía mi madre (la teoría de las contrapartes parecía demostrarse), y en otras podía vérsele en ciudades que no eran aquella donde vivíamos, con paisajes nublados, en enormes plazas bajo ciclópeas estatuas de hombres barbados como él, rodeado de otros hombres, también barbados. Pero ninguno de los lugares en las fotografías parecía África, y comencé a dudar de la honestidad de mi madre: no había elefantes, por ejemplo. Miraba los mapas: África era un lugar enorme, ahí había nacido la especie humana, decían los libros, y ahí nació la gran civilización egipcia miles de años atrás.

En una ocasión un hombre vino a entregar una carta. Era alto y delgado, vestido con botas, camisa vaquera, patillas, unas gafas de cristal verde que parecían fondos de botella. Yo me había escapado del cuidado de las mujeres y había entrado a la casa por la ventana: estaba sentado en el alféizar. El hombre era calvo, pero no parecía tan viejo. Se detuvo frente a mí y me observó, me dijo que yo era idéntico a mi padre y preguntó por mi madre. Le dije que estaba en la escuela, cada tarde tomaba los libros de los hombres de peinados raros e iba a la escuela. Viéndolo de cerca, me percaté de que sus ropas estaban arrugadas; miraba a ambos lado de la calle. Recordé que no debía hablar con extraños.

—¿Te llamas Ilich, verdad? ¿Me regalas un vaso de agua? —me preguntó. Iba a decirle que no cuando recordé que las otras madres decían que el agua no se le niega ni a un perro.

Entré a la casa, tomé un vaso, lo puse bajo la llave del fregador

y lo llené. Esperé a que se asentara la nube de cloro. El hombre se acomodó en la banqueta bajo la sombra que producía el frente de la casa, donde el aire refrescaba un poco, y se bebió el vaso a sorbitos, a pesar de que se veía sediento.

—Mira, traigo esta carta para tu madre, ¿ya sabes leer? —me preguntó.

Mi madre me había enseñado a leer a los tres años.

—Sí.

—Bien —me dijo—, entonces tienes que prometerme que no vas a leer esta carta. No es de buena educación leer la correspondencia ajena.

Y me dio un sobre arrugado y abierto, sin remitente ni destinatario.

—¿De quién es? —le pregunté.

—No sé —me dijo.

El hombre se levantó al accionar sus largas y delgadas piernas como zancos y se sacudió el trasero. Me volvió a decir que yo era idéntico a mi padre. Cuando regresó por donde vino –una larga y asoleada calle, casas de ladrillos, idénticas entre sí–, noté, aunque apenas era perceptible, que cojeaba con dignidad impostada.

Fui obediente y cuando llegó mi madre con esa expresión de siempre, de "estoy molida, pero tengo tanto que hacer", le di la carta.

—Es de mala educación leer las cartas de los demás —me dijo.

Le dije que así me la había entregado un sujeto. Me preguntó cómo era, y cuando se lo describí con más detalle se quedó pensativa, con la carta en la mano, sin leerla, y sin creerme nada. "Es posible que el hombre la hubiera abierto", le dije, "su madre nunca le enseñó a no abrir las cartas ajenas".

Por principio me mandó a mi cuarto sin cenar. Más tarde me despertó, me llevó un sándwich de queso y un vaso de leche; me sentí tan agradecido con ella –por perdonarme algo que yo no había hecho–, que me comí todo, aunque en realidad no tenía hambre y me daba asco. No me atreví a preguntarle quién le había mandado la carta.

—La carta es de tu padre, dice que va a volver pronto. Deduje que en África los países eran tan pobres que no debía haber sistema de correos, y la gente enviaba las cartas con hombres calvos y cojos.

Parecía contenta, de una manera cautelosa. Su felicidad no era algo que notase particularmente cualquier otra persona, a menos que, como yo, se hubiera dedicado con método a estudiar cada una de sus expresiones. Mi madre fue mi primer objeto de estudio, mi

religión pagana.

Los días se volvieron más largos y calurosos, mi padre nunca llegó. África era un lugar lejano y tal vez no era fácil regresar. Lo imaginaba en la proa de un barco, su figura larga y encorvada. En mis fantasías llegaba vestido con el poncho de la fotografía. Yo le abría la puerta y le decía, con toda la gravedad de la que era capaz:

—Soy tu hijo.

Le mostraría la casa, el pequeño huerto del patio donde crecían nuestras hortalizas, las calabazas que yo mismo había cultivado. Le enseñaría mi cuarto y el de mi madre. Él dejaría el poncho sobre una silla, su enorme mochila y el rifle de caza en el suelo. Se sentaría en la sala, oliendo a tabaco como huelen los hombres adultos, y yo le traería un vaso de agua. Le preguntaría muchas cosas sobre África, si había estado en las pirámides, si vivió entre caníbales. Le preguntaría sobre el Kilimanjaro en Tanzania. La sonrisa de mi padre era como en las fotografías, pero no decía ni una sola palabra porque yo no podía imaginar cómo era el tono de su voz. ¿Traería regalos para mí? Un colmillo de elefante, juguetes africanos. ¿Me dejaría jugar con el rifle? Yo le prometía tener mucho cuidado porque, como decían las mujeres, las armas las carga el diablo.

Terminó mi año escolar y me dediqué a contemplar a las demás mujeres: por las mañanas limpiaban la banqueta y su pedazo de calle. Echaban cubetas de agua para fregar las aceras con la escoba; me gustaba el olor de la tierra mojada y la lejía. Mi madre tenía que ir a trabajar por las mañanas y me dejaba encargado a una de ellas. Yo pasaba las horas en la mesa de una cocina, junto con los otros niños, entregado a aburridos juegos infantiles, mirando cómo las mujeres lavaban la ropa en una tinaja de latón cubierta de espuma, para luego poner los frijoles en la olla de presión. Las acompañaba a la carnicería, donde compraban carne envuelta en periódicos viejos, y el hueso para darle sabor al caldo, decían. Las veía ir con una red al mercado y comprar verduras, fruta, harina, maíz. Las miraba picar siempre, invariablemente, el chile, la cebolla y el tomate del guiso. Mi madre siempre les dejaba recipientes de plástico con mi comida.

—Por lo que más quieras —me decía—, nunca comas lo que preparan esas mujeres.

Los platos de mi madre tenían sabores delicados, sí, pero yo anhelaba los guisos picantes que se preparaban en esas casas. El olor de la carne me daba náuseas, pero al mismo tiempo placer. Cada tarde era un suplicio sentirme como un marginado mientras los otros niños hundían la cuchara en esos picantes y humeantes

guisos, excesivamente condimentados con pimienta y comino. Se servían con la cuchara de madera frijoles bayos y bebían refrescos de fresa, uva, cola. Un poco antes de que llegara mi madre a salvarme de la tentación que asechaba en todas partes, arribaban los hombres cansados y sudorosos del trabajo y yo salía con las mujeres a la tienda. Las veía comprar siempre una botella de cerveza y cigarros con el dinero que el hombre sacaba de sus bolsillos; también compraban el periódico de la tarde con su muerto en la portada. Los hombres comían a grandes bocados y dando tragos a la cerveza, y apartaban el plato con un codo al terminar. Encendían un cigarro mientras todos veíamos el noticiario. Me gustaba el olor a cerveza y tabaco, el ruido que hacía el televisor. Pasaban las noticias del Medio Oriente, de África. Mi progenitor estaba ahí, en esos lugares, un secreto que yo guardaba. De fondo, las mujeres lavaban los trastos. Me gustaba ese mundo de olores y sensaciones que en mi casa no existía.

La pulcritud, un minimalismo implacable, no había televisor, la mujer de los discos seguía cantando y mi madre se sentaba en la mesa con los libros de los tipos de peinados raros y yo con mis propios libros que hablaban de África. Ya no me interesaban los inventos, los automóviles antiguos, los dinosaurios, los grandes mamíferos extintos. El continente negro ocupaba todos mis pensamientos, y mi madre sacaba de la biblioteca, a petición mía, sólo libros al respecto: las pirámides, los piratas de Argel, el comercio de esclavos. En África había guerras, dictadores, hambrunas. Mi historia favorita era la del explorador Stanley, quien se propuso descubrir el lugar donde nace el río Nilo. Cruzó el Congo en balsa y fue atacado por caníbales desde ambos flancos. Stanley era un niño como yo cuando huyó del orfelinato y en su tiempo fue muy famoso: una celebridad. Fue él quien encontró a Livingston, otro explorador –inepto por cierto–, que estaba perdido. Llegó al corazón de África y cuando encontró a Livingston le dijo:

—*Doctor Livingstone, I presume* —y por eso se hizo más famoso todavía.

La misma escena todas las tardes: la entrada tenía dos puertas, la del mosquitero y la de madera, esta última abierta para refrescar la casa; el ventilador encendido, el zumbido de las moscas contra los mosquiteros de las ventanas y una mujer joven frente a mí sin levantar la cabeza de sus libros; yo con un mapa de África en un atlas muy caro y que tengo que cuidar bien, no rayarlo, me dice ella, porque todavía no se termina de pagar. Fantaseo con que mi padre llega de un momento a otro y le digo:

—*My father, I presume*.

O tal vez es él quien me dice a mí: "*My son I presume*", porque, ¿quién encuentra a quién? ¿Quién es el que está perdido? O tal vez yo deba ser como Stanley, y organizar una expedición al África subsahariana, remontar el Congo entre caníbales y perezosos cargadores nativos, y azotarlos.

En lugar de mi padre, una tarde volvió el hombre que cojeaba. Recuerdo que llamó a la puerta del mosquitero con una moneda y eso nos asustó a pesar de que oímos las pisadas irregulares de sus botas al acercarse por la calle. Las tardes eran tan tranquilas que nada se movía allá afuera, la gente dormía la siesta, pero mi madre decía que eso era un mal hábito, ese tiempo estaba mejor empleado con libros. Corrí hacia la puerta pensando que sería mi padre, y ya tenía en la punta de la lengua la frase de *my father I presume* cuando vi al hombre que cojeaba con la cabeza apoyada en el mosquitero, y la mano en la frente, a manera de visera, para mirar dentro. Mi madre vino detrás de mí y sentí su mano en mi hombro.

—Julia —dijo el hombre—, ábreme.

Nunca me acostumbré a que llamaran a mi madre por su nombre de pila.

—No puedo —contestó ella.

El hombre se sorprendió con la respuesta. Miró a ambos lados de la calle. Noté que usaba la misma ropa. ¿Era un vagabundo? Se disponía a jalar de la puerta cuando Julia pasó por encima de mí y corrió el pasador.

—No puedes pasar.

—Déjame hablar contigo, por favor.

Mi madre titubeó y luego me dijo:

—Quédate aquí, y no abras.

El hombre calvo caminó hacia atrás mientras mi madre quitó el pasador y jaló consigo la puerta de madera, que raramente estaba cerrada a esa hora del día.

Recuerdo que fui a asomarme por la ventana para intentar oír lo que discutían en voz muy baja. El hombre sacó un paquete de cigarros, gesticulaba con ambas manos; mi madre parada frente a él, mucho más pequeña, con los brazos cruzados. Ella negó con la cabeza, el hombre hizo un aspaviento. Ella volvió a negar con la cabeza, los ademanes se volvieron más rápidos. Entonces ella comenzó a golpearlo, no con las manos abiertas como había visto que peleaban las mujeres, sino con los puños cerrados, en el estómago y luego en la cabeza. Los lentes de fondo de botella cayeron al suelo, y el hombre se agachó para recogerlos; y ella, de una manera que habría sido cómica, salvo por el pequeño detalle de que era mi madre quien lo hacía, le pegó en la espalda. El hombre

gritó algo, no recuerdo qué, recogió sus lentes y retrocedió. Sacó una pistola, pero no apuntó con ella, sino que la mantuvo hacia abajo, mientras que la otra mano era un puño tan rígido que parecía capaz de romper una nuez. Los mosquiteros de toda la calle se abrieron y aparecieron las otras mujeres, sus maridos dormían la siesta, y el hombre volvió a guardar la pistola, escupió al suelo y se fue cojeando por la calle.

Cuando mi madre entró a la casa, se encerró en su cuarto, donde la escuché llorar durante algunas horas. Estuve atento por si el hombre regresaba; atento a cada ruido del exterior. Sabía, sin que me lo dijeran, que mi deber era cuidar de la ventana, de que la puerta de madera tuviera el cerrojo puesto. Recuerdo que comencé a sentir que la modorra me vencía. Y si mi madre ya no volvía a levantarse, mi deber era velar toda la noche en caso de que el hombre calvo apareciera de nuevo. Me hubiera gustado subir al cuarto de mi madre y preguntarle qué había ocurrido, pero ella saldría con eso –poco razonable por cierto– de que había cosas en las que los niños no debíamos meternos.

Por la noche, cuando las pollillas chocaban contra la bombilla desnuda de la entrada, que colgaba de un alambre chueco y cubierto de cinta aislante, bajó a la mesa de la cocina y volvió a sus libros. Tenía un examen al día siguiente, me dijo, Filosofía Política. Prendió la estufa y puso agua a calentar en un cazo. Yo seguía sentado en una silla junto a la ventana, mirando hacía afuera: el cielo con su negrura mezquina, las luces de los faros con su nube de insectos; un grillo cantó en algún lugar cercano a la ventana, en la jardinera donde estaba sembrada la hierbabuena y el cilantro. Sabía que lo mejor era callar, pero siempre pensaba que ese hombre estaba allá afuera, con un revólver en la mano. Aunque era débil y mi madre podía vencerlo a golpes, tenía un revólver; y aunque era torpe, podía acercarse, sin que lo oyéramos, a pesar del silencio de la noche, de sus botas vaqueras gastadas y cubiertas de polvo. "Ojalá mi padre estuviera aquí, con su rifle", pensé. Deseaba salir, cruzar la calle llena de peligros hacia las casas donde las otras mujeres siempre sabían qué hacer de manera infalible. No me parecía buena idea ponerse a leer a los tipos de peinados raros cuando el peligro estaba próximo. Vi la hilera de ventanas frente a nosotros, las llamas azules de los televisores. La voz nasal del presentador de noticias multiplicada una docena de veces entre el crujido incesante de los grillos.

—¿No deberíamos llamar a la policía? —dije con cuidado, para no alterarla.

No me respondió, el cabello le caía sobre los ojos. Se levantó de pronto y comenzó a picar verduras en una tabla.

—No te preocupes, no va a volver —dijo, con tristeza.

—¿Quién es? —le pregunté.

—Un amigo... —dijo ella, como si los amigos trajeran revólveres, como si se los golpeara— de tu padre.

Fue a la sala y puso en el tocadiscos las canciones de la mujer de cabello largo, a la cual terminé por aborrecer desde entonces.

Terminó su semestre, sacó buenas notas en todas las materias, incluso Lógica, que no le gustaba, me dijo. No sé cuántos días pasaron. Por las mañanas salía vestida con jeans, una blusa bordada y el morral donde llevaba los libros de texto de alfabetizadora con los que recorría las colonias marginadas de puerta en puerta.

El calor fue tan intenso que ya ni siquiera refrescó por las mañanas con el olor a tierra mojada y lejía. Las mujeres cocieron frijoles y el palote siguió golpeando la masa de las tortillas. Manteca, harina de trigo, agua caliente y levadura en polvo. La masa siguió extendiéndose sobre el linóleo de la mesa. Se convirtió en una tortilla con algunas paloteadas rápidas y efectivas, circunferencia casi perfecta, y se esponjó sobre el comal una y otra vez con un leve silbido, esparciendo por la casa ese aroma tan excelso. Mi madre por fin me permitió comer esos manjares envueltos en un mantel de blancura irreprochable.

—Pero no toques la carne —me dijo.

La vida era buena. Aprender más cosas sobre África podía esperar.

Y siempre hacía falta carne, calabazas, cebolla, tomate, un cuarto de piloncillo para endulzar el café; cerveza fría, un paquete de cigarros Raleigh con el retrato de sir Walter y su cuello escarolado. Siempre una bolsa de red que llenar, estómagos hambrientos, y los pasos de las mujeres de tobillos gruesos bajo el sol del mediodía para comprar lo que faltaba. La tienda era un lugar oscuro y fresco, con sus refrigeradores llenos de leche y cerveza, sus rejas de frutas y verduras; el salchichón en trozos imperfectos cortado por un gran cuchillo que resplandecía. Siempre el diario de la tarde con su cadáver cosido a apuñaladas, como demostrando desde algún lugar cercano, pero imperceptible a simple vista, verdades evidentes: muerte, violencia; y de manera velada: resurrección. Como la tarde en el que el encabezado decía:

CAE ASALTABANCOS

Y la identidad de ese hombre, vestido de una manera tan familiar, dejó de ser la muerte anónima para volverse algo más incomprensible por su cercanía. Un secreto incompatible con el otro plano de la existencia, el que más me gustaba: la carne, el chile, el

tomate y la cebolla del guiso.

—El que a hierro mata, a hierro muere —dijo la mujer al mirar la primera página del periódico.

Estación Espacial Mir

Son los últimos días de primavera, estoy en cuclillas, como un salvaje, sobre el alféizar de la ventana. Allá abajo, la tierra está caliente y, sobre las bardas, los gatos en celo. Bajo mis pies descalzos el concreto todavía está tibio y los ladrillos del muro laten como las paredes de un horno de pan. De la tierra emanan los aromas, son tantos, y sólo yo los puedo oler. Si no puedo dormir es porque mi cama es caliente y sofocante.

Las estrellas son pocas, empalidecidas por las luces de la ciudad. Los pétalos del azahar están por caer y, como me enseñaron en el primer curso de Ciencias naturales, las flores se convertirán en las naranjas grandes, de piel rugosa y amargas, incomibles, que cada invierno hacemos caer al suelo con palos de escoba. Mi madre prepara mermelada en un gran cazo y vierte la sustancia resultante en frascos esterilizados.

El corazón verde del naranjo me llama para que me arroje sobre él y así tragarme. Lleno de espinas, late como todas las cosas por la noche, irradia calor. Mi cuerpo es delgado, mi piel es delicada y blanda como carne de niño. Cuando Alejandra y yo nos metemos en la cama desnudos, en contra de esas circunstancias tan calurosas que llaman a los cuerpos a repelerse; cuando nos tocamos y entonces ella me agarra con una sacudida fuerte y punzante y derramo todo ese líquido pegajoso y repulsivo sobre ella, sobre mí; entonces ella me dice que tengo cuerpo de niña, que tengo caderas de mujer. Me lo dice porque las suyas son esmirriadas, tampoco tiene senos, y eso no parece gustarle.

Me levanto sobre el alféizar, vestido sólo con el pantalón del pijama, estiro los brazos, me agarro del tejado y subo al techo. La noche es tan clara, que puede verse la serranía que limita la ciudad al este y las minas de cal que trabajan a esa hora, y que algunas veces hacen sonar las sirenas. El tren se escucha cada noche como un bisonte furioso y plañidero en peligro de extinción.

Todas las casas de la calle están unidas por el techo, y yo camino sobre ellas, despacio, para no despertar a los vecinos, porque ya ha ocurrido que me gritan desde abajo:

—¿Quién anda ahí?

El calor del alquitrán es apenas soportable para las plantas de mis pies. Camino de casa en casa entre antenas de televisión y parabólicas que apuntan hacia algún satélite más allá de la sierra. Mi padre dice que cuando él era niño no sólo se podían ver las estrellas, sino también los satélites artificiales; me contó que vio el *Sputnik*, a Yuri Gagarin, a Laika, y yo le creí. Ahora no le creo nada, pero me gusta que me cuente cosas de cuando él era niño; la vida era más simple y feliz. Me dice que Laika descendió a la tierra en un paracaídas y cayó en el desierto del Gobi, que de ahí fue llevada a Moscú donde le hicieron un desfile y la nombraron Heroína de la Unión Soviética. Me cuenta que cuando murió disecaron su cuerpo, como yo he visto que algunas personas hacen con sus perros, y la colocaron en el mausoleo de Lenin, donde también está enterrado Yuri Gagarin. Me dice que hay una estatua de Laika en el monumento a los Conquistadores del Espacio en Moscú. No pueden ser unos tipos malos los rusos, como dicen en las películas, si son capaces de ponerle una estatua a un perro.

Creo que pierdo entonces la cautela al caminar y escucho una ventana que se abre debajo de mí; no creo haber avanzado unos treinta metros. Debe ser la casa del señor Medina, a quien le faltan varios dedos en cada mano. El señor Medina tiene un muñón en lugar de pulgar, y sin embargo siempre lo ves reparando el coche, o algo en el techo, contradiciendo lo que dicen los libros sobre el dedo pulgar y la evolución del hombre. Mi padre siempre me dice que vaya a pedirle prestada la escalera para subir al techo. Yo no necesito escalera, soy un acróbata ruso como los que he visto en los reportajes de la revista *Sputnik*, me llamo Ilich, y puedo pararme de cabeza y caminar con las manos; cuando crezca un poco más podré saltar la calle hasta el otro grupo de techos y correré pateando antenas de televisión y aires acondicionados. Al día siguiente la gente verá que sus televisores no tienen señal y cuando suban a ver qué pasa verán cientos de antenas de televisión torcidas, y nadie sabrá que fue Ilich, el malévolo acróbata.

—¡Ilich! —grita el señor Medina—, son las tres de la mañana. Voy a acusarte con tu padre.

Yo corro de regreso hasta el techo de mi casa, donde el naranjo me sigue diciendo, salta, salta sobre mí, te engulliré, dejaré tu cuerpo lleno de espinas, Ilich, y te sangraré, tendrás tus brazos, tus piernas, tu torso lleno de cicatrices; tu rostro lleno de líneas rojas que te quedarán para siempre; la gente te encontrará repulsivo, Ilich, pero te admirará y te tendrá miedo por todas esas cicatrices.

Bajar a la ventana de mi cuarto es más difícil que subir: hay un

punto ciego desde donde no veo la cornisa, debo apoyarme en los codos y buscar soporte con el pie. Hay un momento en que estoy pisando el vacío, y muchas veces me veo caer sobre el naranjo. Por eso me quedo de pie, ahí, al borde, sin ganas de bajar. Me veo desaparecer entre tanta verdura negra; entre las flores de azahar y su nauseabundo aroma. Veo mi cuerpo al amanecer picado por los pájaros, las abejas y otros insectos. Y todas estas sensaciones no se las puedo explicar a nadie. Alejandra nunca lo entendería, me dice que soy un niño a pesar de que tenemos la misma edad. Me lo dice porque derramo el líquido asqueroso apenas me toca; sin embargo, ella no pierde la esperanza. Yo me vuelco sobre su cuerpo y la lleno de besos, la acaricio por todas partes y la dejo siempre lista, anhelante.

—Métemela —me dice; pero yo no puedo, no encuentro el lugar donde se supone que debe de entrar esa cosa.

Me meto entre sus piernas, se las abro y paso mi lengua por todo su cuerpo. Si yo tratara un poco más, tal vez lo lograría, pero se apodera de mí una ira contra Alejandra, ganas de hacerle daño, de decirle cosas hirientes; decirle que es una puta, por ejemplo, pero nunca lo hago. Me callo todo y luego me pongo triste. Entonces me visto y me voy, la dejó ahí en su cama, salgo a la calle, incómodo por las gotas de esa porquería que se me pegan a la ropa interior.

El señor Medina nunca va a decirle nada a mi padre, me aprecia. Siempre que paso frente a su casa le digo: buenos días o buenas tardes, como me enseñaron, dependiendo de la hora, y el señor Medina me saluda con los dos o tres muñones de su mano. Me gusta esto del señor Medina, algo que tampoco le puedo decir a nadie. Si le dijera a mi padre o a mi madre o a Alejandra que me gusta ver esa mano, pensarían que estoy loco; si saludo tan cortésmente a ese hombre siempre que lo veo es porque me gusta que me muestre la mano, parecida a la de un animal marino de los que salen en los documentales de la televisión. Los dedos que le quedan son rugosos como la corteza de un árbol. Lleva siempre una gorra de camionero con publicidad de la ferretería donde trabaja.

También me gusta el olor de la carroña, de los perros muertos a la orilla de la carretera; me quedo contemplándolos con delectación.

Le saca de quicio a mis padres que yo vague por los tejados de madrugada. Mi madre me grita, pero nunca va a lograr que me comporte, al contrario, siento que crece en silencio un odio que se acumula dentro de mí como aceite negro, y que ese odio crecerá hasta hacerme más fuerte algún día. En cambio, una mirada de desaprobación de mi padre puede hacerme sentir verdaderamente

mal, lleno de vergüenza, estúpido; tiene ese poder.

Sigo en pie sobre la orilla del techo debajo de mi ventana. Ilich el acróbata del Circo Ruso de Moscú. Veo cómo varios metros hacia mi izquierda la luz en la ventana del señor medina se apaga, lo escucho toser incluso, lo imagino hablando con su esposa, igual de gorda que él. El tren pasa y coincide como todas las noches con la sirena de la mina. Las estrellas están pálidas, difícilmente podría verse un satélite, o la Estación Espacial Mir, de la que habla mi padre.

Me dice que *Mir* significa "mundo" en ruso, y también "paz" (como *Volnia i Mir*, me dice: *Guerra y Paz*, la gran novela rusa). Me cuenta que desde hace meses hay un hombre atrapado ahí arriba porque los rusos no tienen dinero para traerlo de vuelta, y cuando aterrice lo nombrarán Héroe de la Unión Soviética porque nunca un hombre había pasado tanto tiempo en el espacio. Me intriga, algunas veces lo nombran en el periódico, siento envidia de él, estar todo el tiempo solo sin que nadie te moleste, y otras veces me parece que puedo sentir su soledad. Aunque haya una cortina de humo sobre la ciudad que no me permite ver el cielo, algunas veces imagino que está sobre mí, girando, flotando dentro de un cacharro que a su vez flota en órbita sobre la tierra, de una manera vertiginosa pero grácil. Siento paz, lo imagino entre dos ventanillas: en una la redondez parcial de la tierra; del otro lado, el infinito.

La Osa Mayor y la Osa Menor son distinguibles incluso en la ciudad, también Orión y Casiopea. De niño estuve en un curso de astronomía y nos enseñaron esas cosas, también a construir un telescopio con lupas y tubos de plástico de los que venden en la ferretería del señor Medina. Nos llevaron a las afueras de la ciudad a ver al cometa Halley. Mi padre me acompañó. Llevamos bolsas de dormir y tiendas de campaña y encendimos una fogata. Era un bosque al lado de un camino de tierra, estábamos ahí mirando el cometa; mi padre, que siempre fue aficionado a la astronomía, llevó su telescopio de verdad, el cual nunca saca porque tiene miedo de romperlo. Miramos el cielo, un pequeño grupo de niños con sus padres. Pero el bosque a un lado de la carretera era como una especie de boca abierta de donde provenía ese olor y ese sonido de millones de grillos y otras cosas que yo no podía conocer. Me sentí atemorizado, pero todo mundo hablaba del cometa Halley, y me tuve que tragar el miedo de estar a un lado del bosque. Nos dijeron que el cometa pasaba cada setenta y cinco años. Hice cuentas y supe que tal vez viviría lo suficiente para verlo otra vez. Pero aquí, de pie, en la orilla del techo, mientras miro el cielo, sé que es muy probable que no vuelva a verlo: es una circunstancia sin repercusión en este entorno que es la tierra y, a su vez, el Halley no es más que

un cúmulo de hielo, rocas, gases y polvo, dicen los libros. El hombre en la Estación Espacial Mir tiene sus problemas también: pensará en su mujer e hijos si está casado y tiene hijos; pensará en su estatua junto a la perra Laika y Gagarin, o tal vez extraña Moscú, si es de Moscú; tal vez sólo esté preocupado por el aterrizaje, las provisiones. ¿Qué estará haciendo ahora el hombre en la Estación Espacial Mir?

Un leve viento que llega del norte y refresca un poco se mece entre las ramas del naranjo. Ahí abajo está la tierra donde crece la hierba mala, amarillenta y seca. De la tierra brota el tufo que sólo yo puedo oler, cosas muertas, hojas muertas, animales muertos. Ven, Ilich, ven. El viento le arranca al naranjo unos cuantos susurros. Me llama, pero no sabe que trata con Ilich, el mejor acróbata del mundo; puedo saltar y quedarme suspendido en el aire si quisiera, o tal vez no.

Se enciende la luz de mi cuarto, debajo de mí, y el rostro barbado de mi padre se asoma con los ojos hinchados por el sueño.

—Bájate de ahí *ipso facto* —me dice. Usa palabras raras como si fueran lo más normal del mundo—, ¿cuántas veces te he dicho que no te subas al techo?

Entonces tengo que bajar a mi cuarto, mis pies quedan un momento suspendidos en el vacío. El hombre me está esperando y, como siempre, no me dice nada, simplemente está su mirada de desaprobación, los brazos cruzados, y me siento una persona estúpida. Cierra la puerta del cuarto. Me acuesto en la cama, fresca por fin. Me desnudo por completo y me quedo dormido.

La ciudad blanca

Para Xhevdet Bajraj

A los veinte años fue segundo lugar nacional en lanzamiento de jabalina y cuando llegó a México para los Juegos Centroamericanos y del Caribe, donde Cuba ganaba la mitad de las medallas, ni siquiera asistió a las competencias. Empeñó la jabalina sueca de titanio que el Estado cubano le había comprado y se alojó en la casa de un primo hermano, músico de salsa. Llevaba un pequeño bolso blanco, un vestido amarillo que contrastaba con su piel morena y sus enormes hombros. Tenía una bonita espalda, a su manera.

Era una desertora del régimen castrista, pero también una gran patriota. No permitía que nadie hablara mal de su país ni de Fidel, un pasatiempo muy extendido, y consideraba que sólo los cubanos tenían derecho a hablar mal del régimen, aunque fueran a la cárcel por eso:

—Vamos, chico, pero que tú no puedes saber nada si no has estado ahí.

—Estuve ahí, Minnie.

—Pero estuviste como turista —levanta la voz, y alarga cada vocal—. ¡Qué vas tú a saber!

—Viví seis años en la Habana, claro que sé.

—Pero seguramente tú no estuviste allá con la gente, con el pueblo; mira, mi padre luchó en el Congo...

Bailaba un merengue sola, en medio de un círculo de sillas. Tenía treinta y tres años, sus muslos ya no eran tersos como antes, su trasero crecía de manera exponencial y los brazos le temblaban con majestuosidad. Los concurrentes, acalorados, bebían y se desabotonaban el cuello de la camisa:

—¡Minnie! ¡Salud!

Cuando Eme, diputado federal, llegó a casa, apenas pudo fingir una sonrisa al ver que Minnie le había organizado una fiesta sorpresa de cumpleaños. La mayoría de los asistentes eran amigos

de su esposa, un detalle para ser tomado en cuenta.

—¡Sorpresa! —gritaron todos a destiempo, recordando de pronto para qué estaban ahí.

—¡Sorpresa! —volvieron a gritar, esta vez un poco más sincronizados, mientras Eme se abrió paso entre las sillas, un saludo aquí, una disculpa allá. Vio rostros nuevos y conocidos. Algunos habían sino comunistas como él, pero ya no podía considerarlos sus amigos.

—Pinche negra —murmuró, con un habano en la boca.

Destapó una botella de cerveza en la cocina. Estaba cansado y de mal humor. Sin despedirse, subió a su estudio y cerró la puerta. Durante la larga sesión legislativa sólo había pensado en destapar una cerveza y sentarse en su escritorio imitación caoba para escribir en la Smith-Corona el tercer capítulo de sus memorias.

Le costaba trabajo ordenar su mente, la cual se arrastraba de un hecho inconexo a otro, un síntoma de vejez. Cuando era joven y brillante se percataba de que a partir de los cincuenta la gente perdía la capacidad para ordenar sus ideas. Era un joven ambicioso, estudiante de economía, que llevaba bajo el brazo *El capital* en alemán con la inocente pretensión de leerlo.

Era difícil encontrar un título para sus memorias: *La utopía desmantelada, La utopía desmembrada, La utopía desterrada*, algo así; utopía casi con cualquier adjetivo sonaba bien. En el segundo capítulo se jactaba de haber predicho la caída del sistema soviético desde 1973, sólo había que ver el estúpido rostro de Breshnev para darse cuenta.

Era imposible dedicarle más tiempo a sus memorias y eso le causaba cierta frustración. Minnie era cada vez más demandante. Las reuniones de la Comisión de Educación y Cultura, de la cual era miembro, las sesiones plenarias y extraordinarias, y dos columnas semanales para un periódico de izquierda no le dejaban mucho tiempo libre.

Los últimos meses había tenido problemas para dormir. Los ronquidos de Minnie y los problemas nerviosos que se negaba a atender con medio comprimido de diazepam le causaban un estado de somnolencia. Se colocó sus gafas Cristian Dior sin montura, puso una hoja de papel sobre el rodillo y dejó caer sus manos sobre las teclas: "Viajes por el mundo socialista". Tosió. Detrás de la puerta, en el primer piso, se escuchó la voz chillona de Minnie por encima del son y de las otras voces:

—¡Pero que tú no has estado ahí, chico!

Y luego:

—¡Mi padre estuvo en Playa Girón!

A pesar de las distracciones, lo primero que le vino a la memoria fue Yugoslavia. Se dirigió hacia el librero y buscó, en un diccionario serbocroata-español editado en Belgrado, una fotografía de Vuk, Dara y Maritza, sentados en un sofá. Vuk, alargado, de grandes huesos, con la barba crecida, pasa el brazo por el hombro de Dara, de rostro sin maquillaje, el cabello atado, expresión funeraria y un vestido negro hasta las rodillas (tenía piernas hermosas, robustas, cortas y de un tono amarillo, casi naranja cuando les daba el sol por la mañana). Maritza estaba distraída en el momento en que fue tomada la fotografía, mirando fuera de cuadro con un dedo en la nariz; era rubia como su madre y llevaba el uniforme de los Pioneros de Tito.

Aún recordaba con nitidez la tarde de mayo en la orilla del Sava. Maritza de seis años, el cabello hasta la cintura. Su mirada parecía comprender en silencio todas las cosas alrededor: el curso del Sava, el vuelo de los gorriones, incluso la muerte. La colocó sobre sus hombros para que viera sobre la aglomeración de gente el tren que llevaba el cadáver de Jozip Bros Tito. Maritza, que no hablaba mucho, como su madre, señaló con el dedo y dijo:

—Tito.

Desanudó el pañuelo rojo que llevaba en el cuello y lo agitó en el aire.

Fue la segunda vez que Eme estuvo a unos metros de Tito. Seis años antes había llegado a Yugoslavia como invitado especial al congreso del Partido Comunista Yugoslavo. Una semana fatídica de febrero en Moscú en la Escuela de Cuadros, víctima de una neumonía (su constitución era frágil, no pudo soportar el frío), dos semanas en Corea del Norte, todo se conjugó. Comenzaba a perder la fe en el socialismo real, y también la inocencia.

La delegación mexicana desfiló el día de la apertura; Eme iba detrás del secretario del Partido Comunista Mexicano. No entendía nada de lo que estaba pasando, pero cuando cayó en cuenta de que se dirigían, en la larga fila de manos a estrechar, directamente hacia un hombre de ochenta años con lo que parecía ser el traje nacional serbio o croata, difícil saberlo, y que fumaba un cigarrillo sobre una boquilla en forma de pipa, sintió el sudor frío resbalando por su espalda.

El mariscal Tito, la leyenda, el comunista heterodoxo, el héroe partisano. Stalin dirigió la guerra en su escritorio, Roosevelt en silla de ruedas, Churchill con un traje de lino en un campo de críquet devastado por las bombas alemanas. En cambio Tito fue un hombre de acción: su vida como agente comunista en la Yugoslavia del rey Alejandro era motivo de muchas leyendas; también su desempeño

durante la ocupación alemana, cuando el ejército de partisanos estuvo cercado por alemanes, italianos, *ustashas*, *chetniks* y hasta voluntarios húngaros. El propio Hitler supervisó las operaciones. Más de la mitad del ejército de partisanos cayó en acción; el propio Tito fue herido y llevaba un cabestrillo en el brazo arrastrando a su amante tuberculosa. El mariscal se jugó el todo por el todo al abrirse paso a través de un río para romper el cerco de los *chetniks* al mando de Mijailovic. Eso decía la superproducción yugoslava *Sujetska*, con richard Burton como Tito. Eme también vio *La batalla del Neretva* con Orson Wells como el malvado *chetnik* y Yull Bryner como un héroe partisano.

El mariscal, con un aspecto viejo y cansado, quería dar las gracias por la visita a cada una de las delegaciones invitadas:

—*Sdravo* —decía, un saludo de igualdad entre camaradas impuesto en Yugoslavia.

—Hola —contestó Eme con el rostro enrojecido y una sonrisa que en ese momento le pareció la de un idiota.

Cuando llegó esa primera vez a Yugoslavia quedó impresionado por la belleza de Belgrado. Buscaba el paraíso y todos sus esfuerzos anteriores habían sido en vano. Como el devoto en tiempos de duda, esperaba la señal de que sus esfuerzos y creencias llevaran a un fin posible. Estaba comenzando a dudar de las ilustraciones de la propaganda soviética donde todos tenían un piano, pulóveres de cuello de tortuga, radio, un coche Volga y boletos para el Bolshoi. Lo poseía una sensualidad demasiado indomable para ser un buen comunista, le dijo un viejo camarada una vez, y Belgrado en primavera era la ciudad que más cuadraba con esta naturaleza. Aunque Belgrado era también otro espejismo, y las flores, el edificio del parlamento, las plazas y la apariencia de relajación que imperaba en la ciudad tal vez estaban sostenidos por un ruinoso andamiaje.

La pobreza y monotonía eran para Eme austeridad alabastrina; la rudeza moral, hermosura tallada sobre acero y concreto. Cierto que no tenía muchos puntos de comparación: en Moscú había estado en invierno y en un hospital pagado por el pueblo; en Pyongyang le asustó el mecanismo que imperaba en la sociedad y el brillo metálico de los ojos rasgados. En cambio Yugoslavia estaba en primavera y las muchachas también, con sus vestidos estampados de flores.

Lo llevaron a ver las fábricas y le hablaron del plan quinquenal; conoció las estadísticas sobre la producción de acero y maquinaria pesada, los logros culturales; se entrevistó con un par de escritores que habían dejado atrás el realismo socialista, o al menos eso

parecía, para tratar otros temas, más existencialistas, dijo uno de ellos, al que llamaban el Albert Camus yugoslavo. Lo llevaron a ver el partido entre el Dinamo de Zagreb y el Partizan de Belgrado, donde el público se trataba con respeto y delicadeza. El Dinamo jugó con el arbitraje en contra. "El futbol", dijo su guía, "es el gran deporte nacional". También asistió a un juego entre el Hajduk de Split contra el Estrella Roja, pero el futbol le aburría. Le explicaron en qué consistía la autogestión obrera y por último le hicieron ver que, a diferencia de otros países socialistas, Yugoslavia tenía un régimen democrático. El modelo yugoslavo era la tierra prometida, la democracia socialista.

Todo esto lo escribió Eme en un artículo titulado "Yugoslavia, ¿democracia socialista?". Por primera vez estaba entusiasmado y miraba las cosas de una manera menos fría, y cada pequeña estadística le parecía un milagro.

La guía, Dara Butina, trabajaba como traductora al español y otras lenguas europeas en una de las editoriales del Estado. No era ciertamente una mujer muy hermosa, pero sí la única con la que pudo comunicarse, pues hablaba español. Eme siempre estuvo negado para las lenguas eslavas, o más bien, para todas las lenguas: sus progresos con *Der Kapital* no llegaron más allá de la tercera página.

La acompañó a su pequeño departamento. Dara dormía en un sofá cama, algo muy socialista. Mientras esperaba sentado, y bebiendo un vaso de cerveza, ella colocó las sábanas; tenía un hermoso trasero y unas pantorrillas muy bien formadas. En esa primera cita profundizaron un poco más en el conocimiento mutuo, por supuesto, y descubrió que Dara ponía a secar su ropa interior en la llave de la regadera: unas enormes y toscas pantaletas socialistas. Hablaba siempre en un tono didáctico, con anticuado acento español.

—¿Y eso fue todo lo que sabes hacer?

—¿Todo qué?

—Pensé que eras un poco más, ¿cómo se dice? Fogoso, sí, ésa es la palabra —dijo al pasar las páginas de un diccionario serbocroata-español, español-serbocroata.

"La discreción femenina es producto de una sociedad opresora", pensó Eme. Ella era una mujer nueva, libre (de enormes pantaletas), nacida en un país socialista. Se sintió pequeño y desvalido; no podía mangonear a una mujer que hablaba por lo menos tres idiomas.

Aun así vivió una época feliz. El visado no fue problema al tratarse de un invitado del Partido; Dara le consiguió un trabajo temporal en una editorial, corrigiendo pruebas de libros editados en

español: los discursos del mariscal Tito y el famoso *1000 datos sobre Yugoslavia*. Dejó su hotel y se mudó al departamentito de Dara, siempre húmedo, porque inevitablemente había una tubería goteando en cualquier parte, y caluroso en el verano. Con su primer sueldo, que no era mucho, le regaló a Dara un vestido exactamente igual a todos los que ya tenía (no había de dónde escoger) y se compró un traje muy mal cortado, aunque, según ella, le sentaba de maravilla.

La nostalgia por la tierra que lo vio nacer fue más poderosa que Dara y su ropa interior colgada de la llave del agua caliente; más poderosa que la Arcadia socialista y sus sátiros burócratas. Llegó el otoño y parecía que el invierno sería terrible para alguien acostumbrado al clima templado del valle de Anáhuac. Le dijo a Dara:

—Ven conmigo.

Ella dijo que no.

Gastó su último cheque en el pasaje de regreso y en *souvenirs* para los amigos. Su vuelo salía de Praga. Arrastró su maleta imitación piel por la estación de trenes, mientras el rostro de Dara estaba rebosante de salud: la belleza triste y al mismo tiempo vital con la que se reviste aquello que ya no poseemos.

Después del heterodoxo rechazo a la invasión de Checoslovaquia por parte de la Unión Soviética, el Partido Comunista Mexicano intentó acercarse más a otros comunistas no alineados a Moscú. "Se planearon algunos viajes oficiales a China —escribió Eme en sus memorias—, Albania y Corea del Norte." Eme viajó hasta Pyongyang, donde fueron recibidos personalmente por el camarada Kim Il Sung, amable y simpático hasta donde se lo permitía el culto a su personalidad. Debía mandar reportajes al periódico del Partido, lo que era en realidad muy fácil: copiaba las estadísticas oficiales de la producción de grano o de maquinaria pesada.

Años después, Eme le diría a su hijo:

—Los comunistas perdimos por mal manejo de la propaganda: el *Selecciones de Reader's Digest* traía chistes; el *Sputnik*, el selecciones de la prensa soviética, publicaba las estadísticas de la producción agropecuaria ucraniana.

Pyongyang era una ciudad moderna con sobrios edificios socialistas, prácticamente construida a partir de la nada porque el bombardeo norteamericano en los cincuenta no había dejado en pie un solo muro, dijo el guía turístico.

El camarada Kim donó un tiraje de sus *Obras completas* traducidas al español , en veinte tomos, como muestra de amistad a los camaradas mexicanos. El primer tomo se titulaba *Infancia* y el

número veinte, *Discursos sobre la producción de col en 1971*. Había un último tomo en preparación, pero nadie sabía de qué se trataba. En las fiestas del politburó norcoreano se rumoreaba con expectación que el tomo veintiuno contenía un último llamado, ya sin entusiasmo, a la reunificación de la península, o tal vez una colección de artículos sobre cuestiones de pesca que el secretario Kim consideraba un mero *entertainment*.

La recepción oficial fue en la asamblea Popular suprema o un nombre por el estilo. Bajaron de las limusinas Volga y caminaron medio kilómetro sobre el tapete rojo de un interminable pasillo, "rodeados de coreanos vestidos de uniformes grises, o azules —escribió Eme—, difícil recordarlo". No podía precisar si toda esa muchedumbre era civil o militar. Los recibió una mujer llamada Han Hu Bang. Fue presentada como diputada de la Asamblea Popular Suprema y Heroína del Trabajo. Ella había escrito un libro sobre la colectivización de la tierra y su experiencia personal.

Cuando llegaron a una granja colectiva y el comité se dividió en pequeños grupos, Eme, quien había practicado un poco de coreano en el avión, se acercó a la Heroína del trabajo:

—*Añong haship me ka* —le dijo, con naturalidad afectada.

—*¿Mola go?* —contestó la Heroína, sorprendida. Era una mujer de cuarenta años, viuda. Su marido, Héroe del Pueblo, murió durante la guerra, cuando se arrojó sobre una granada de mano para proteger al Estado mayor.

"Así es", pensó Eme, "anduve cogiendo por todo el mundo socialista". Hizo una pausa para volver a encender el habano sobre el cenicero. Aquéllos eran los buenos tiempos. Tuvo ganas de tomar otra cerveza, pero escuchó una vez más la voz de Minnie, y desistió de bajar:

—¡Playa Girón, chico!

Después de una década de viajes, de teorizar sobre las posibilidades del socialismo en América Latina y todas esas cosas, Eme perdió el entusiasmo. La conflagración universal nunca llegó. "La invasión de China a Vietnam y de la URSS a Afganistán vinieron a restregarnos una vez más en la cara que nadie sabe para quién trabaja", escribió Eme, "y la Historia (con mayúscula) vino a enseñarnos otras cosas no previstas. Mucha gente se pregunta sin seriedad por qué fracasó el sistema soviético. El modo de producción soviético no era más que una variante del modo de producción capitalista, y éste necesita renovarse constantemente para afrontar las crisis, reformarse. Una rígida estructura

burocrática no permite esto".

Pero había algo más y no se atrevía a ponerlo en sus memorias. "Culpamos a la Historia", pensó, "de orillarnos a tomar decisiones que eran meramente personales. No era la Historia la que terminaba, sino las propias fuerzas. Se trataba de un agotamiento moral y nada más".

Mientras se desmoronaba el sistema soviético, en Nicaragua triunfó una revolución. Su primera esposa tuvo un hijo y lo llamaron Sandino. Sí, en sus memorias su esposa y su hijo eran personajes secundarios, referencias de espacio y tiempo.

Los amigos de Eme fueron a Nicaragua a la campaña de alfabetización, regresaron con la boina calada; milicianos veteranos, cargados de anécdotas de combate y de heroicidad. Eme se dedicó a la política.

—Amor —la cabeza lanuda de Minnie se asomó por la puerta—, ¿sigues con eso de tus memorias?

—Déjame en paz —murmuró Eme.

Minnie se llevó la mano a la cintura y moviendo la cabeza, los labios apretados, buscó la mirada de su esposo, encorvado sobre la máquina de escribir; suspiró con resignación antillana, con infinita paciencia, y cerró la puerta detrás de sí, para volver a la fiesta. Ya se lo haría pagar.

La relación con Minnie fue conflictiva desde el primer momento. "Nada con esas piernas es, en primer lugar, fácil de tratar", pensó Eme, y se llevó una mano temblorosa a la cabeza. Ya no era el apuesto joven con pantalones de mezclilla que podía pasarse días sin comer, sólo café y tabaco oscuro, sino un hombre viejo con los bolsillos llenos de antiácidos masticables.

La urgencia de escribir sus memorias se había apoderado de él y no tenía ni tiempo ni ganas de atender los reclamos de nadie. Lo que comenzó como un proyecto más de esos que no había concretado en su vida, se convirtió en un cardumen de palabras urgentes que venían sin orden a su cabeza: una necesidad vital.

Las primeras frases tecleadas para reparar su vanidad maltrecha, sin corregir, le parecieron hermosas, claras, sonoras, y detrás de ellas encontró algo vedado hace tanto tiempo: entusiasmo, y la tentación de reescribir su vida como debió ser.

La relación de Eme con su hijo era una cadena de encuentros espaciados, de domingo a domingo, de mes a mes. Lo llevaba a ver una película y al salir de la función le compraba algo: un juguete o

un par de zapatos. Los primeros años Eme se disculpó ante sí mismo con el pretexto de que un activista social no podía darse el lujo de criar hijos.

Sí, le obsesionaba la biografía de Tito. En los años treinta el mariscal trabajaba en Yugoslavia como agente encubierto y hacía constantes viajes a Moscú. Su nombre de combate entonces era Walter. En Moscú tenía a su amante, su ex esposa y un hijo que tuvo con ella llamado Zarco. Durante las purgas, su ex esposa fue llevada a siberia acusada de espionaje. El camarada Walter llevó a su hijo al cine donde vieron una película y después a una feria donde le compró por cuarenta rublos un par de patines y luego lo dejó en el orfanato. Ni siquiera mandó una postal. Se encontraron años después en la última etapa de la guerra, Josip Broz había dejado de ser agente alborotador para convertirse en el mariscal Tito, jefe de la resistencia y del Partido Comunista Yugoslavo, el hombre que –aseguraba Churchill– mantenía ocupadas tres divisiones alemanas en ese complicado tablero de ajedrez que era el escenario europeo. Zarco había combatido en el ejército rojo y perdido un brazo en la defensa de Moscú. Acompañaba al Estado Mayor soviético que se entrevistó con Tito en una isla del Adriático.

—Estoy orgulloso de lo que han hecho con este muchacho —dijo —, se ha convertido en un hombre.

En cambio Sandino, el hijo de Eme, era casi un autista, una desgracia, nunca fue bueno en la escuela, nunca le escuchó decir algo inteligente o medianamente sensato. Lo único que le hacía exteriorizar emociones eran las películas de Walt Disney. Lloró con *Bambi*, con *Dumbo*; le encantaba *La dama y el vagabundo* y todavía más *Los Aristogatos;* lo llevó a ver *El rey león* a pesar de que ya estaba grandecito y, a juzgar por su aspecto desnutrido, ya había aprendido a masturbarse.

—El argumento de esta película —le dijo Eme al salir del cine— es de Shakespeare, ¿sabías?

Sandino, con las manos en los bolsillos, fumaba un cigarrillo sin filtro tras otro.

—¡Qué barbaridad!, ya tienes un vicio y ni siquiera puedes pagártelo —le recriminó Eme.

—Por favor, el paquete cuesta tres pesos.

—Es el argumento de Hamlet, deberías leerlo, en vez de traerme a ver estas mariconadas.

—No digas pendejadas, padre.

—No me digas padre, dime papá.

Los momentos de mayor regularidad en sus relaciones, cuando se veían cada domingo, eran también los más tensos. No tenían

nada de qué hablar, ni recuerdos comunes. Sandino callaba todo el tiempo y apoyaba la cabeza contra la ventanilla del auto, la mirada perdida. Si por lo menos fuera un genio, entonces sí hubiera sido capaz de perdonarle la indolencia; si por lo menos en esa enorme cabeza –salió a su madre sin duda– se fraguaran grandes ideas o se resolvieran en cuestión de segundos complicadas operaciones algebraicas. De pronto, en los momentos más tensos, el muchacho susurraba una canción. Cantaba todo el tiempo en voz baja con una horrible y desentonada voz. ¡Cantaba las canciones de los comerciales de televisión!, y las canciones de moda.

—Deja de cantar, por favor. Me irrita. Podrías tomar clases, ¿sabes? si te gusta tanto, pues deberías de tomártelo más en serio.

No respondió.

No estaba seguro de que fuera hijo suyo, pero tenía que reconocer que se le parecía. ¿Cómo era posible que tuviera un hijo con apariencia de retrasado mental? No leía, no iba a la escuela, no tenía trabajo y pasaba todo el tiempo mirando el televisor. La culpa era de su madre, quien no le ponía atención por andar todo el tiempo en reuniones feministas o en presentaciones de libros y conferencias sobre cocina. Ella era la famosa autora de *Cocina feminista*, libro deleznable que debió titularse *Ciento veinte formas de preparar un sándwich.* El pobre niño tuvo que crecer alimentado con base en un solo principio: todo lo que cabe entre dos rebanadas de pan.

Zarko Broz había perdido un brazo en la defensa de Moscú –se lo amputaron sin morfina, era un valiente– para detener el avance de la maquinaria fascista, pero este muchacho había perdido el cerebro en alguna parte, y la culpa era de su madre.

—Deberías aprender algún idioma, inglés, por ejemplo.

—Ya sé hablar inglés

—¿Pero cómo si no te he pagado ninguna clase?

—Viendo televisión.

Eme refunfuñó y se agitó sobre el asiento del conductor. Miró con resentimiento a su hijo. Él nunca pudo aprender ningún idioma y eso le molestaba. Para alguien nacido entre doce hermanos, hijo de un padre albañil, la cultura era una quimera, una necesidad fundamental. De niño tenía un par de zapatos para ir a la escuela, y cuando llegaba a casa su madre se los quitaba para que no se gastaran.

Iniciada la década de 1980 le tocó organizar células y comités en el

norte del país. El único lugar donde habían ganado las elecciones era en un pueblo perdido en el corazón de la Sierra Tarahumara. Cuando su camioneta se averió en medio del desierto de Chihuahua, se dijo a sí mismo que ya era suficiente.

Pensó en Belgrado en primavera, en las muchachas con sus vestidos floreados, en los gorriones que inundaban las plazas, y de pronto pensó en Dara, en sus piernas robustas, el departamento vaporoso, en la ropa interior colgando de la llave. La Arcadia socialista, su voz de flautas y martillos, engañosa como el canto de las sirenas. Y en contraste, el desierto de Chihuahua. La desolación, los rostros arrugados, cansados de esos buenos comunistas que no podían entender conceptos tan sencillos como fuerzas productivas y enajenación del trabajo. Dara con su departamento húmedo se le antojaba como algo elemental que debía recobrar. Eme no podía escribir esto en sus memorias, no podía permitirse semejante debilidad.

"Son mariconadas", pensó.

Le dijo a su mujer que el partido lo mandaba en una comisión a Yugoslavia y besó la frente de su hijo, le compró unos patines, aún cuando apenas si sabía caminar. La vida estaba llena de actos simbólicos que funcionaban a un nivel apenas consciente. Atravesó el Atlántico, sin boleto de regreso, en un vuelo de Aeroflot con destino a Praga. Ahí se percató otra vez de que el mundo socialista estaba en franca decadencia: no le dieron nada de comer en un vuelo de doce horas.

—*Dobro jutro* —dijo Eme.

Temía que Dara se hubiera mudado y estuvo perdido un par de horas, buscando el edificio, pues no recordaba su localización exacta.

—¿Llegó mi telegrama?

Ella miró su reloj de pulsera y examinó a Eme de arriba a abajo, lentamente, para reconocerlo, tratando de ocultar su sorpresa. Eme había engordado un poco, ella también.

Arrastró su maleta hasta el interior. Vio a un hombre y una niña de cinco o seis años viendo el televisor.

—*Dobro jutro, sdravo* —les dijo, jadeante, encorvado sobre las maletas.

No sabía decir otra cosa.

—Puedes dormir esta noche en el suelo —le dijo Dara—, pero antes tú y yo tenemos que dar un paseo.

Era a principios de otoño y hacía mucho frío; Eme no había pensado en eso, pero ya había quemado las naves. Las calles

estaban vacías. Dara caminaba con paso rápido, como si huyera de algo. Se cubría el pecho con las solapas del abrigo. Se arregló con torpeza un mechón de cabello rubio y grasiento que caía sobre su frente.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, dejando caer una mano fría y brillante sobre el brazo de Eme, quien apenas alcanzó a abrir la boca para responder. Hay algo que debes saber: Maritza es hija tuya.

—¿Quién es Maritza?

—La niña que viste. Te mandé una carta.

Le hubiera gustado explicarle que no se podía confiar en el servicio Postal Mexicano, pero no se sentía con fuerzas para hacerlo.

—Vuk no debe enterarse. Para él sólo eres un camarada mexicano que viene a aprender sobre los adelantos de Yugoslavia.

—¿Quién es Vuk? —había momentos en los que Eme tenía el don de no entender nada. Se sentía fuera de lugar; sentía que algo se había perdido irremisiblemente, una especie de error de papeleo en el que figuraba su nombre.

—El que estaba junto a Maritza.

No estaban casados, pensaban hacerlo. Se conocieron en el teatro cuando presentaban una pieza del Albert Camus yugoslavo titulada *Los pecadores*.

Pero Eme no comprendía o tal vez no quería comprender. Hizo toda clase de cálculos mentales respecto a la edad de la niña. Le dijo que era la mujer de su vida y que quería casarse. Le contó de aquella vez cuando se quedó varado en medio del desierto y de cómo había tomado la decisión de regresar. Vuk podía ser amigo de la familia y venir a cenar a la casa cuando quisiera. Tendrían un par de hijos más. Un día de campo en el Kalemegdan, los niños jugando a la sombra de las antiguas murallas, el Danubio. Había gastado todos sus ahorros en el viaje. ¿Había manera de recuperar su antiguo trabajo?

—No creo —respondió Dara.

Eme le contó sus expectativas: se mudarían a un departamento más grande, conseguiría un trabajo como corresponsal o algo parecido.

—Tienes que regresar a México ahora mismo —respondió dara.

—Pero no tengo dinero.

—Ya encontraremos una forma. ¿Cuánto dices que te queda?

—Veinte dólares.

—Dámelos.

La condición para quedarse era que no debía decirle nada a Vuk sobre la relación que habían tenido, ni nada a Maritza sobre su paternidad, o viceversa. Ahora dormían los cuatro en la misma habitación. Vuk y Dara en el sofá cama, Maritza en medio, y Eme en el suelo.

Dara se buscó otro empleo para comprar el pasaje a México, pues se habían disparado los precios. El puesto de Eme estaba ocupado.

Se dedicó a vagar por Belgrado. Tito, decían las noticias, estaba enfermo, convaleciendo en un hospital.

A veces no tenía dinero para el pasaje y caminaba algunos kilómetros para visitar algún sitio en el centro de la ciudad. Le tomó afición a salir a pasear con Maritza. Sacrificaba el dinero para cigarrillos por una barra de chocolate Krash para su hija. Eran sesiones largas en las que jugaban con una pelota o se sentaban en silencio en la banca de un parque. Otras veces descendían por Gavrilo Princip hasta la orilla del Sava y observaban las viejas casas de finales del siglo XIX. A veces la llevaba de la mano, tres veces por semana, de cuatro a seis, a las reuniones de los Pioneros de Tito. Se comunicaban con señas. Desarrollaron muy pronto un lenguaje propio. Ella intentaba enseñarle el serbocroata, pero Eme no pudo aprender gran cosa.

Vuk le prestó una chaqueta militar demasiado grande –los hombros le quedaban a la altura de los brazos– y le contaba anécdotas de su vida durante el servicio militar que Dara traducía con desgana.

Pasaron varios meses, la primavera volvió a llegar, pero ya no era lo mismo. Fue entonces cuando se enteraron de la muerte de Tito. Maritza recortaba vestidos de papel para una muñeca. Vuk y Eme jugaban una partida de naipes cuando Dara llegó con el rostro pálido y una bolsa de mandado.

—Tito ha muerto —dijo; no había otra manera de decirlo.

Maritza y él vieron el tren que llevaba el cadáver de Tito. Eme pensó por primera vez en la muerte. "No hay salvación", se dijo. Estaba atrapado, sin dinero, en un país que antes había amado. Dara y Vuk trabajaban duramente, pero no podían comprar el pasaje de regreso. Ella le dijo que fuera a la embajada mexicana. Eme se negó en un principio y cuando fue le dijeron que no podían hacer nada por él.

—Rompa un cristal con un ladrillo para que lo deporten —le dijo el funcionario. Colgada en la pared, una monumental fotografía del presidente mexicano lo miraba con sorna—. Que pague el Estado yugoslavo. ¿Qué no sabe que en México hay una crisis?

Cuando no estaba en casa bebiendo con Vuk y escuchando entre lamentaciones "Triput sam video Tita" –"Yo vi a Tito tres veces", de Rami Mraz, ciertamente una canción conmovedora, capaz de demoler a un hombre con la fortaleza de Vuk–, daba un paseo por la calle con las manos en los bolsillos. El mayor inconveniente era que no tenía a nadie, a excepción de Dara, con quien hablar en español, y ella no se encontraba dispuesta a hablar todo el tiempo, pues era de naturaleza callada.

Pasó un año, el esplendor de Belgrado declinó. En los edificios podían apreciarse grietas que en primavera habrían pasado desapercibidas. Los abrigos de las muchachas estaban roídos y grasientos. Los zapatos excesivamente pulidos y desgastados hablaban de dignidad, pero también de pobreza. La hinchada de Estrella Roja agredió a tres jugadores del Haijduk Split al salir del estadio.

Con el dinero que le dio Dara esa mañana apenas le alcanzó para una cajetilla de cigarros Moldava. Extrañaba los Delicados. Los Delicados eran los mejores cigarros del mundo. Miró su rostro en la vitrina de una pastelería, estaba convertido en un paria.

Más allá de su astroso reflejo vio sentado en una esquina al Albert Camus yugoslavo. Recordó que alguna vez fueron presentados y que hablaba español a la perfección; lo había aprendido para leer la narrativa hispanoamericana que, en su opinión, era muy interesante, especialmente Borges. Ya que había fungido como agregado cultural en Venezuela, el Albert Camus yugoslavo tenía acento venezolano y pronunciaba de manera nasal el fonema /s/. Fumaba Gitanes, era joven, unos treinta y cinco años más o menos. Tomaba una taza de té y leía el periódico. No parecía esperar a alguien. Eme se acercó:

—Perdone, tal vez no se acuerde de mí, nos conocimos en el sindicato de Escritores, hace algunos años.

El hombre lo examinó y se quitó las gafas:

—Lo siento, pero no recuerdo su cara.

Eme arrojó el cigarrillo al suelo e hizo un ademán de irse.

—Espere un momento, por favor, tómese una taza de té. No hay muchas personas aquí con quienes hablar en español.

Se sintió más animado con el calor del té en el pecho y la garganta. Charlaron durante un par de horas hasta que el sol comenzó a declinar y la luz se tornó ambarina. Hablaron sobre la salvación y el regreso al paraíso perdido, los temas que obsesionaban al escritor.

—No existe la salvación —dijo el Camus yugoslavo. Lo más cercano es la muerte. La salvación requiere de una repentina

conciencia en la que el hombre conoce su lugar en el universo. En la tragedia clásica esta conciencia lleva a la caída; en la tragedia moderna el protagonista rompe el círculo para comenzar una nueva vida. La salvación es la reanudación de un ciclo, un renacimiento doloroso, como Boris en mi más reciente obra de teatro: *La vida nueva*. La idea de la salvación es estrictamente literaria, una fantasía poética. ¿Ha leído *La muerte de Ivan Ilich*?

—No.

Eme no podía entender nada de lo que su interlocutor hablaba, pero escuchar el español le pareció tan reconfortante como tomar una taza de té.

—Respecto al paraíso —prosiguió el escritor—, el problema está en que siempre queremos ubicarlo en el futuro o en un lugar determinado: el socialismo, por ejemplo. El paraíso es el estadio anterior a la conciencia. El mismo término "paraíso perdido" es simplemente un intento de nombrar algo imposible, anterior al lenguaje.

—¿El paraíso perdido también es la muerte? —preguntó Eme, boquiabierto, se sentía fatalista.

—Tal vez, no lo sé, piénselo. Tengo que regresar a mi casa para cenar. Yo pago. Ya sabe dónde encontrarme si quiere charlar de nuevo. *Au revoir*.

Hizo una pausa para descansar y tronarse los dedos entumidos. La Smith-Corona permaneció frente a él como un gran sapo gris a punto de escupirle a la cara. El habano se había terminado. Dudó en encender otro, sintió que su corazón latía con fuerza. Le pasaba últimamente. La fiesta celebrada en su honor bajó en intensidad. Alguien puso el disco de "La Internacional", como era costumbre a esas alturas de la borrachera.

Habían pasado casi treinta años desde aquella charla sobre la salvación y el paraíso y Eme aún no era capaz de entender de qué demonios hablaba el Albert Camus yugoslavo. La idea del paraíso perdido le rondaba de vez en cuando por la cabeza, era todo. Dudó en poner esta escena en sus memorias.

Le vino a la mente la tarde en que Dara llegó a casa, contenta:

—Hice cuentas —dijo—, ya tenemos dinero para el boleto de avión.

Vuk comenzó a hablar en un tono muy serio, como quien da un discurso en un banquete. Dara empalideció y después tradujo:

——Vuk quiere decirte que la primera vez que te vio pensó en

que debía ponerte una golpiza y mandarte de regreso a México cortado en pedazos. Dice que no es tonto, que lo sabe todo, es decir, lo de nosotros. Pero que se ha encariñado contigo. Dice que eres un buen hombre, aunque un mal comunista, y que va a echarte de menos.

Vuk y Eme se abrazaron. Maritza nunca se enteró de quién era su verdadero padre. "Definitivamente no voy a dejar esto en mis memorias", pensó Eme, "es una mariconada".

Arrancó la hoja de la máquina de escribir, la hizo una pelotita y la dejó caer en el escritorio.

La fiesta terminó y Eme no salió a despedirse, hecho que pasó desapercibido para los invitados. Fue a la cama, pero no pudo conciliar el sueño. Minnie apenas le dirigió la palabra, estaba molesta, era evidente, y se lo haría pagar, con silencio, y sin sexo, durante los próximos días. Se sentía extraño durmiendo junto a esa mujer, alguien con quien no tenía nada qué ver, nada de qué hablar. Una mujer antillana, ruidosa y optimista, de hermosas piernas, cálidas y suaves. En ese momento le hubiera parecido más normal dormir junto al Albert Camus yugoslavo o junto a su ex esposa. Pensó que su hijo no le había llamado para felicitarlo, a pesar de que Eme siempre le llamaba en su cumpleaños, incluso le regalaba alguna cosa y lo llevaba al cine.

Al ver la cabeza lanuda de Minnie bajo las sábanas, pensó que ella era lo único que le quedaba: la única certeza. Cuando era joven podía arrojarse al vacío sin pensarlo dos veces. Renunciar a todo, comenzar una vida nueva. Pero ahora, con sesenta y dos años, según el promedio de vida, le quedaban quizás unos diez más si dejaba de fumar, de beber, y se volvía vegetariano. Tenía dificultades para respirar en esa cama más grande y fría que la Unión Soviética, junto al cuerpo de Minnie, el cual también le parecía demasiado grande, y al mismo tiempo inasible. Cuando se sentó en la orilla de la cama, Eme, disminuido, tuvo la sensación de que sus pies no tocaban el suelo. Tomó el teléfono y marcó el número de su hijo. Quería decirle algo, charlar sobre cualquier cosa.

—Diga —contestó una somnolienta voz femenina.

Su hijo ya vivía con una mujer, al menos no era homosexual.

Colgó.

El paraíso perdido era la infancia, la suya, la de su hijo, la de Maritza, la de su ex esposa y la de Minnie. Imágenes que no le pertenecían. Anécdotas poco gloriosas, al contrario de las que

abundaban en la biografía de Tito. Y su pasado no era en modo alguno recuperable por medio de sus memorias, porque ni siquiera él era capaz de diferenciar lo verdadero de lo falso, lo nítido de lo borroso. No se acostó en Corea con la Heroína del trabajo, pero durante mucho tiempo lo platicó a sus amigos en tono jactancioso. Los comunistas, como todos los hombres, tenían que contar esa clase de historias para reafirmar la virilidad. ¿Estrechó la mano de Tito? Ya no podía estar seguro. Era una mano llena de lunares, fría, arrugada, como la de un cadáver.

Y el rostro de Maritza, sus ojos cafés, sus pestañas largas.

El olor del río Sava.

Había perdido para siempre el contacto con todas esas cosas.

La formación de este libro estuvo a cargo de Jorge Estrada
y se terminó el 20 de Marzo del 2012
en Publicaciones Malaletra Internacional.

Table of Contents

Portada
Cosmonauta
América
El hielo se derrite lentamente
África
Estación Espacial Mir
La ciudad blanca